

BIBLIOTECA CINE NACIONAL
Serie Alfa

La culpa del OTRO



*Mercedes Vecino
Suis Prendes
Freire de Andrade*

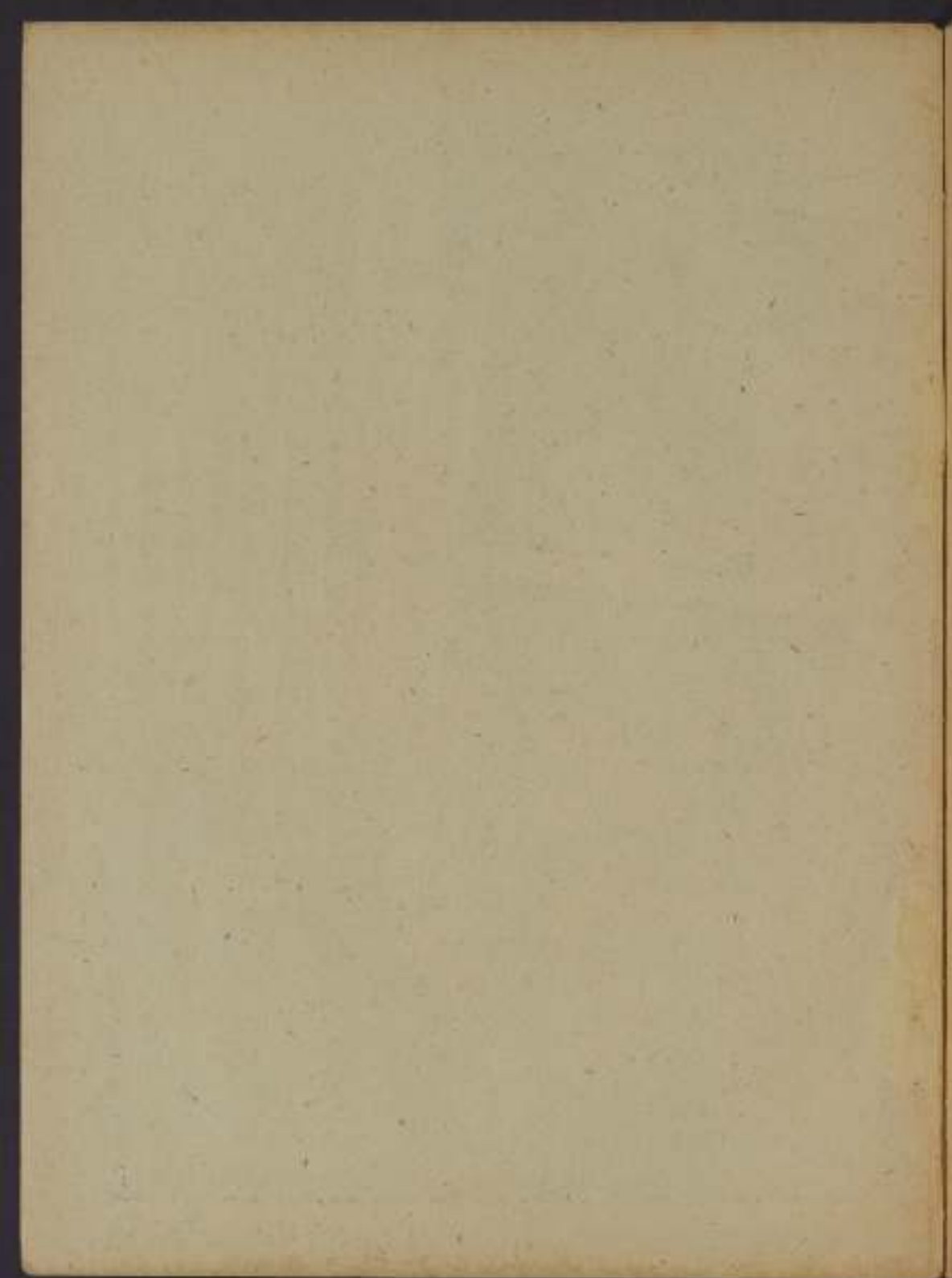


*Canciones:
TATUAJES
CELOS
EN UN PAIS LEJANO
PRIMER AMOR*



Editorial **ALFA**

2.50
PTAS.





LA CULPA
DEL OTRO

NUMEROS MUSICALES

Tatuaje

Quiroga, León y X. Valerio

En un país lejano

Maestra Azagra y López Iglesias

Malditos celos

Maestro Serramont y López Iglesias

Primer amor

Maestra Azagra y Vicente More

Reservados los derechos de
traducción y adaptación

IMPRENTA COMERCIAL - MAS y SALA

Valencia, 224 - Teléfono 70657

BARCELONA

Biblioteca Cine Nacional

Fundador y Director:

RAMON SALA VERDAGUER

Apartado 707 - Teléfono 70637

EDITORIAL
"ALFA"

Centro de reparto:

Sociedad General

Española de Librería

Calle de Barbant, núm. 14-16

BARCELONA

AÑO VI

SERIE ALFA

Núm. 58

Núm. 30

LA CULPA DEL OTRO

ES la historia de dos mujeres, Carolina y María del Carmen: la madre y la hija, a las que la vida con sus crueldades hace recorrer el camino de la amargura. Carolina cumple en una cárcel la condena por un delito que no ha cometido, y entre los muros de una prisión triste nace María del Carmen. La fatalidad separa a las dos mujeres, pero el destino vuelve de nuevo a unir las y María del Carmen triunfa en el arte y en el corazón de un hombre que la ama. Al descubrirse, al fin, al verdadero asesino del marqués de la Peña, Carolina reivindica su nombre y se borran en el camino de su vida las sombras tristes del pasado.

PRODUCCION

CAMPA

PARA



Avenida de José Antonio, 41. - MADRID

Calle del Mar, 60

VALENCIA

Calle Valencia, 258

BARCELONA

INTÉRPRETES PRINCIPALES

<i>Carolina</i>	MERCEDES VECINO
<i>Juan Carlos</i> . . .	LUIS PRENDES
<i>Cornelio</i>	F. Freyre de Andrade
<i>María del Carmen</i>	Isabel de Pomés
<i>Rafael</i>	Salvador Soler Mari
<i>Ludovico</i>	Mariano Boni
<i>Gregorio</i>	Emilio Garrigó
<i>Atilano</i>	Joaquín Torrens
<i>Patrón</i>	José Jaspe
<i>Marqués</i>	José Prada
<i>Portero</i>	Arturo Cámara
<i>Inspector</i>	Salvador Malonda
<i>Juana</i>	Teresa Idel

Director:

Iquino

Ayudante de director:

Víctor López Iglesias

Argumento y guión:

Iquino

LA CULPA DEL OTRO

RESUMEN ARGUMENTO
DE LA PELÍCULA

CALUMNIA Y CRIMEN

VISTA de un puerto al anochecer. Sobre el azul del mar tiemblan como estrellas las lucecitas de algunos barcos anclados en el muelle. La luna, semioculta entre las nubes, asoma su faz burlona de cuando en cuando, y lanza sus pálidos rayos sobre la tierra.

En una calle tortuosa y oscura, que sólo alumbra débilmente la mortecina luz de un farol público, un viejo tenor, cuya voz, célebre en otros tiempos, es ya únicamente un triste recuerdo de glorias pasadas, entona la romanza de una ópera.

Unos chiquillos sucios y desahartados, larvas de futuros delincuentes tal vez, y alguna mujer, despo-

jos humanos que ofrecen sus marchitos encantos a los escasos transeúntes, forman todo su auditorio, que en el pasado era de damas bellas y lujosamente vestidas y de caballeros de correcto frac e impecable pechera.

Un hombre alto, delgado, cuyo conjunto rostro apenas se distingue entre el alzado cuello de su gabán y la baja ala del sombrero flexible, cruza la calleja con paso rápido, se dirige a la puerta de una taberna cuyo título reza «El Tristón», mira a todos lados con precaución como si temiese que alguien pudiera descubrirle y entra en el interior.

El ambiente de la taberna, sitio de reunión de gentes de mal vivir,

es sucio, mísero, encanallado. Sobre la canción de puerto «Tatuaie» un tabladillo, una cupletista, con acompañada por un trío de músicos, gesto brusco y voz de vino, canta con piano, violín y jazz.

TATUAJE

I

*El vino en un barco de nombre extranjera,
La encontré en el puerto un anochecer,
cuando el blanco faro sobre los veleros
su beso de plata dejaba caer.*

*Era hermoso, y rubio como la cerpeza;
el pecho tatuado con un corazón,
en su voz amarga había la tristeza
doliente y cansada del acordeón.*

*Y ante dos copas de aguardiente,
sobre el manchado mostrador,
él fué contándome entre dientes
la vieja historia de su amor.*

*Mira mi brazo tatuado
con este nombre de mujer.
Es el recuerdo de un pasado
que nunca más ha de volver.*

*Ella me quiso y me ha olvidado;
en cambio, yo no la olvidé;
y para siempre voy marcado
con este nombre de mujer.*

II

*El se fué una tarde con rumbo ignorado,
en el mismo barco que lo trajo a mí;
pero entre mis labios se dejó olvidado
un beso de amante que yo le pedí.*

*Errante lo busco por todas las puertas;
a los marineros pregunto por él,
y nadie me dice si está vivo o muerto,
y sigo, en mi duda, buscándolo fiel.*

*Y voy sangrando lentamente,
de mostrador en mostrador,
ante una copa de aguardiente
donde se ahoga mi dolor.*

*Mira tu nombre tatuado
en la caricia de mi piel,
o fuego lento lo he marcado
y para siempre iré con él.*

*Quizá ya tú me has olvidado;
en cambio, yo no te olvidé,
y hasta que no te haya encontrado,
sin descansar te buscaré.*

Recitado

*Escúchame, marinero,
y dime qué sabes de él;
era gallardo y altanero,
y era más rubio que la miel.*

Cantado

*Mira tu nombre de extranjero
escrito aquí sobre mi piel.
Si te lo encuentras, marinera,
dile que yo muero por él.*

Ha terminado la canción y la gente aplaude con entusiasmo; en una mesa del rincón dormita un marinero y junto a él un compañero suyo aplaude.

El hombre que acaba de entrar en la taberna es Ludovico, el administrador del marqués de la Peña, quien procura pasar inadvertido. Extiende su mirada hacia distintas mesas y tras un momento de vacilación avanza resuelto hacia una de ellas, en la que se encuentran el Patrón y el Aprendiz, dos pájaros de cuenta que tienen siempre cuentas pendientes con la Justicia. Habían los tres unas palabras en voz baja y después Ludovico se acerca a un teléfono que hay en un rincón y marca un número.

...

Nos encontramos en el vestíbulo de la casa solariega del marqués de la Peña, en cuya estancia y sobre una mesita hay un teléfono que suena insistentemente. Entra en la estancia Rafael, ayuda de cámara del marqués. Rafael es un hombre joven, de aspecto simpático. Coge el auricular y responde a la llamada.

—Diga... Sí, señor. Servidor.

En la taberna y junto al aparato telefónico, Ludovico pasa el auricu-

lar al Aprendiz, y éste, cubriéndolo con un pañuelo, dice:

—¿Es el palacio del marqués de la Peña?... ¿Su ayuda de cámara?

Y al recibir la contestación afirmativa añade:

—Aquí el botones del Circulo. De parte del señor marqués, que esta noche no irá a dormir. Nada más.

Ludovico y el Patrón cambian entre sí gestos de inteligencia, y cuando el Aprendiz cuelga el auricular, se miran los tres con aire de satisfacción.

...

En una lujosa alcoba del palacio del marqués de la Peña, en cuya estancia hay una camita en la que está acostado Juan Carlos, hijo único del marqués. Juan Carlos es un chiquillo de pocos años, vivaracho, guapo y simpático. Junto a él, arrullándole con una dulce canción de cuna, está Carolina, la esposa de Rafael, el criado. Carolina es una muchacha joven, de una belleza sorprendente. El niño se va quedando dormido poco a poco, y en su cara de ángel se dibuja una sonrisa. La sonrisa de los niños cuando duermen es quizás porque baja un ángel a poner en su frente un beso.

Se abre la puerta del dormitorio

y aparece en ella Rafael, quien se acerca cauteloso a su esposa.

—Carolina...

Carolina se vuelve, llevándose el dedo a los labios.

—¡Chist!... Silencio... Se ha dormido...

Rafael exclama:

—¿Qué suerte!... Tienes que darte prisa... Esta noche no viene el señor a dormir y te llevaré al «cine».

—Debíamos avisar al administrador — responde Carolina —. Ya conoces su carácter. Hay que pedirle permiso para todo.

—No te preocupes. El administrador salió también esta noche. Vámonos.

Y ambos salen despacio de la habitación en la que Juan Carlos duerme y se encaminan a la cocina.

En el interior de la cocina de la casa del marqués se hallan varios criados terminando de cenar. Con ellos están Carolina y Rafael y Juana, una criada de confianza de la casa, y el portero, un hombre de aspecto un poco anormal, que, retirando bruscamente su plato, exclama:

—¡Todos los días el mismo postre! ¡Ya estoy harto!

Juana, ama de llaves de la casa, responde irónicamente:

—No se enfada el señor. Mañana

tendrá «biscuit glacé»... ¿O prefiere helado de fresas?...

Pero la voz de hielo del portero corta sus comentarios.

—¡Usted se calla!

Carolina y Rafael, que hace unos instantes terminaron de cenar, entran en la cocina, de paso para la puerta del servicio.

Juana, contemplándolos, dice:

—¡Mirales!... Paracen todavía dos novios que huyen en busca de aventuras.

—¡Es que son muy tiernos! — exclama el portero con su mal humor acostumbrado.

—Hasta luego, señora Juana — dice Carolina.

—Adiós, hijos; que os divirtáis — responde la buena criada.

Al llegar a la puerta, Carolina y Rafael se detienen con un marcado gesto de contrariedad y vemos a Ludovico con la mano en la puerta entreabierta que dice con énfasis:

—¿Puede saberse adónde van los señores?

—Pensábamos salir — responde Carolina.

Y añade Rafael:

—Aprovechando que el señor marqués...

—Usted siempre tan aprovechado — exclama Ludovico dirigiéndole una mirada dura —. Por lo visto, yo no soy nadie en esta casa.

—No es eso, señor administrador—responde Rafael dulcificando la voz cuanto le es posible.

—¡Basta! Esta noche no se sale. Carolina, haga usted el favor de pasar por mi despacho.

Y encarándose de nuevo con Rafael añade:

—Desde que se han casado, olvida usted sus deberes de ayuda de cámara.

—No creo haber dado motivos...—responde Rafael.

—¡Demasiados!—grita el administrador—Todas las horas del día les parecen pocas para hacerse el amor.

Y sale de la cocina, donde todos le despiden con una mirada de burla.

Rafael exclama:

—Es muy triste tener que soportar...

—Porque eres más blando que un bizcocho—sentencia Juana—. Si alguna vez le hubieses enseñado los dientes...

Mientras, en el magnífico despacho de Ludovico el administrador, éste, dirigiéndose a Carolina, a la que mira con codicia, exclama:

—Tendrá que disculparme por haber hablado un poco fuerte, pero comprenderá usted, Carolina, que el principio de autoridad...

—El principio de autoridad no le

da derecho a ser injusto—respondió Carolina resueltamente.

—Pero ¿no lo comprende todavía? Me da pena que una mujer tan espiritual, tan bonita, pierda el tiempo con un hombre como Rafael.

Carolina, indignada, respondió:

—¡No lo consiento! Rafael lo es todo para mí.

—¡Un pobre diablo!—exclamó Ludovico echándose a reír.

—¿Y para hablarme de eso me ha hecho venir aquí?—replica, encolerizada, Carolina.

—Sin embargo, yo estoy dispuesto a ofrecerle mi fortuna. Bastaría con que fuese usted menos orgullosa y un poco más amable conmigo.

Y al decir estas palabras se aproxima a Carolina y la coge por el tallo.

—¡Suéltame, suéltame le digo!

Y cruzando rápida con su mano el rostro de Ludovico, añadió:

—¡Cobarde!

Y abandonó la estancia dando un portazo.

Poco después, Carolina se une a Rafael, a quien nada dice de la violenta escena ocurrida en el despacho del administrador, y ambos salen del palacio, regresando mediada la noche. Cuando cautelosamente entran se quedan aturridos ante el cuadro de timbres porque el número correspondiente a la habitación

del marqués suena insistentemente.

Rafael exclama:

—¿Eh?... ¿No es el señor quien llama?

—Seguramente—responde Carolina.

—Voy a ver. ¡Esto nos faltaba!

Y a poco entra Rafael en la alcoba del marqués, que acaba de descalzarse con la mano izquierda y exclama malhumorado:

—¿Dónde estarán mis zapatillas?

Cuando ve ante su presencia a Rafael, aumenta su indignación.

—¿De dónde vienes ahora?

Y Rafael, balbuciente, responde:

—Me acerqué un momento a... Como el señor avisó que no dormiría en casa...

—¡Falso!—grita el marqués.

La puerta de la estancia se abre de nuevo y entra Ludovico arreglándose la americana y algo despeinado, fingiendo haberse levantado de la cama en aquellos momentos.

—¿Me necesita el señor?—dijo con gesto hipócrita y voz adulatoria el administrador.

—Una hora he estado llamando sin que acudiese nadie, y es que mi ayuda de cámara estaba de paseo.

Aprovechó esta ocasión Ludovico para avivar el fuego de la indignación del marqués.

—Le prohibí terminantemente

que saliera. Y si no tengo bastante autoridad para imponer la disciplina necesaria es porque el señor marqués se deja llevar por sentimentalismos que este hombre no merece.

—Quizás tengas razón, Ludovico; le he perdonado demasiadas faltas.

—Ya conoce el señor marqués mi criterio—dijo el administrador—. Y si me dejara hacer a mí...

—Decididamente, este asunto lo dejo en tus manos.

Rafael, con un gesto de súplica, imploró:

—Señor... No volverá a ocurrir... Se lo aseguro.

—Nada... Nada... Es el cuento de siempre—dice friamente el marqués.

—Señor... Yo le suplico... Mi esposa espera un hijo... En esta situación sería terrible...

Pero Ludovico, temiendo que las súplicas de Rafael hagan desistir al marqués de la decisión adoptada, interviene:

—Si el señor no manda nada más...

—Nada; Ludovico... Hasta mañana...

Y, volviéndose a Rafael, prosigue el marqués:

—Usted también puede retirarse.

—Buenas noches, señor—dice el administrador.

Y ordena a Rafael:

—¡Sigamel!

Salieron ambos de la estancia y cuando cruzaban el pasillo, Rafael volvió a suplicar de nuevo, esta vez al administrador:

—Yo le prometo...

—Queda usted despedido—dijo Ludovico gozándose del mal que hacía.

—No puede ser... Carolina no puede quedarse ahora sin recursos. Porque Carolina está a punto de ser madre.

—No soy tan insensible como crees—dijo el administrador—. Carolina continuará en la casa.

Los ojos de Rafael se inyectaron de sangre y ya sin poder contener sus nervios gritó:

—¡No!... Vendrá conmigo. Además de dejarme sin empleo intenta usted quitarme lo que más quiero en este mundo. ¡Se acordará de mí! ¡Se lo juro!

Ludovico, con una sonrisa de desprecio y de burla, cerró la puerta de su habitación. En aquel momento pasaba una de las doncellas, Rosa, que oye claramente la amenaza de Rafael.

Aquella misma noche se producía un trágico suceso en el palacio del

marqués. Junto a la caja de caudales están dos hombres que, después de varios esfuerzos, consiguen abrirla. Tiran al suelo una figurita, que se rompe. Un personaje desconocido entra en el despacho, se acerca adonde están los dos ladrones y, arrojándose sobre ellos, empieza una lucha callada y horrible. A la violencia de esta lucha caen algunos muebles al suelo.

El marqués, a quien el ruido de la pelea despierta, salta rápido de la cama, enciende la luz y, tomando una pistola de la mesilla de noche, se dirige resueltamente hacia su despacho, en el que prosigue la lucha. Uno de los ladrones derriba al otro de un puñetazo, pero en aquel momento el personaje desconocido descarga un golpe brutal en su cabeza, haciéndole caer.

La luz del despacho acaba de encenderse. Aparece el marqués, que lleva en su mano izquierda una pistola. Da unos pasos hacia el centro de la habitación. Una mano que empuña un revólver dispara y el marqués cae al suelo herido por la espalda.

A través de una puerta entreabierta, una sombra: es Ludovico, el administrador, que prende en su boca una sonrisa diabólica; después cierra la puerta y desaparece.

Por el balcón del despacho se descuelgan dos hombres: son el Patrón y el Aprendiz.

Al ruido de las detonaciones se han despertado los criados de la casa, y saliendo de diferentes sitios, a medio vestir todavía, se encuentran en el pasillo Carolina, Juana y otros criados. En el semblante de todos se refleja la angustia.

Y aparece la figura siniestra de Ludovico, que grita:

—¡Aquí, en el despacho!... ¡Seguidme!...

Cuando uno de los criados abre la puerta del despacho, se escapa de la garganta de todos un grito de espanto.

Por la otra puerta del despacho entran en el mismo Rosa, otra doncella y el portero; éste, que va delante, lo mira todo con ojos de asombro.

El cuerpo sin vida del marqués yace en el suelo. Ludovico se arrodilla y lo reconoce.

—¡Señor... señor...! ¡Muerto!

Carolina levanta los ojos y ahora un grito de terror.

Carolina, como toda la servidumbre, ven a Rafael que se levanta del suelo, mirando a todas partes con ojos de asombro y como no dándose cuenta de cuanto sucede a su alrededor.

Ludovico, encarándose con Rafael, grita:

—¡Asesino... asesino!...

—¡No... no!... — exclama Rafael, cuyas pupilas se van desorbitando.

Y añade:

—Oí ruido en el despacho y luché contra dos ladrones.

La voz cavernosa del portero interviene.

—¿Y por dónde entraron?... Les abríais tú mismo la puerta de servicio.

—Les sorprendí robando aquí... No sé nada más—responde el esposo de Carolina.

—¡Mientes! — exclama Ludovico—. Eran tus cómplices... Se han llevado el dinero y tú has matado al marqués por venganza. ¡Asesino!

Un grito de espanto se escapa de la garganta de Carolina.

—¡No es posible! Di que miento, Rafael!

—Hace pocos momentos que el señor le había despedido—dijo el administrador—. Este hombre le amenazó de muerte.

—Sí, yo oí sus palabras — dijo Rosa, la doncella.

—Dijo: «Se acordará de mí».

Ante el asombro de todos, Ludovico se aproxima al teléfono y llama a la Jefatura de Policía.

Rafael, con voz temblorosa, grita:

—¡Soy inocente, Carolina, soy inocente! ¡Quiero perderme a toda costa!

corre alocado hacia el balcón y se descuelga por él.

Y en aquel instante, Rafael, de quien se apodera un miedo horrible, El administrador toma un revólver en sus manos y dispara varias veces sobre el fugitivo.

TRIUNFO DE UN PERVERSO

EN el mismo despacho en que fué cometido el crimen, rica estancia en la que la severidad y el refinado estilo de sus muebles, así como la profusión de libros empujados en la pared, nos hablan del buen gusto del asesinado marqués y de su vida dedicada por entero al estudio, se procede ahora por un inspector de Policía al interrogatorio de la servidumbre del palacio para ver de descubrir al asesino.

Allí están, además de la pobre Carolina, Rosa, la doncella; el portero y el resto de la servidumbre. Unos agentes de Policía y una pareja de Seguridad completan el cuadro.

Juana, la vieja cocinera, acaba

de entregar una tarjeta de visita al inspector.

Este detiene un momento sus investigaciones para leerla:

—Cornelio Romero, detective privado—dice el inspector.

Juana le explica:

—Es un viejo amigo del señor marqués; un tipo delicioso.

—Sí... sí... —dice el inspector—. Le conozco perfectamente... Le he sufrido en varios asuntos... Dígame que pase.

Y el gesto de resignación que pone el inspector demuestra bien a las claras que conoce sobradamente al visitante.

Juana va hacia la puerta, pero ya se encuentra dentro del despacho el «sagaz» detective.

El aspecto de Cornelio, muy alto, flaco, afectadamente vestido con chaqué y hongo, nos dice seguidamente que nos hallamos ante un gracioso tipo. Cornelio se halla apoyado indolentemente en el marco de la puerta con su mano derecha, mientras que con la izquierda sostiene un indefinible abrigo.

—¡Buenos días!—dice Cornelio.

Y avanza rápido hacia el inspector, a quien habla con arrolladora velocidad.

—¡Pobre amigo mío!... Para mí el marqués era como un hermano, señor inspector.

Y reparando en Ludovico, le saluda, equivocándose, según costumbre:

—¿Cómo está usted, señor Ataúlfo?...

—Ludovico... me llamo Ludovico.

—Bueno... ¿Y qué? — replica Cornelio, cuya memoria es tan sumamente infiel, que le obliga a incurrir en grandes distracciones.

Y dirigiéndose nuevamente al inspector, prosigue nuestro detective:

—No he de descansar hasta descubrir al culpable.

—Con la colaboración de usted, estamos salvados—comenta, irónicamente, el inspector.

Cornelio lanza una rápida mirada

por toda la habitación. Él quisiera descubrir al asesino inmediatamente, pero ningún indicio salvador aparece ante su mirada... Pero, ¿qué es esto?... En el suelo hay algo. Cornelio se acerca a un rincón del despacho próximo a la caja de caudales, se agacha y dice al inspector que, burlonamente, ha seguido sus pasos:

—¡Ah!... Aquí tenemos la huella de una rústica alpargata.

—¡Caramba!—añade el inspector, fingiendo asombro.

—Y como no hay más que la huella de una...—prosigue Cornelio, lanzado ya por los caminos de su alocada fantasía.

—...deduciremos que el agresor era cojo—corta, seco, el inspector.

—O que para despistar andaba con los dos pies metidos dentro de una sola alpargata — resume triunfalmente Cornelio.

Y añade orgulloso de sí mismo:

—¿Y qué tal?...

Pero la incomprensión de las gentes hacia el verdadero genio siempre ha sido absoluta... Y Cornelio, estupefacto, ve que se desprecian sus «valiosos» descubrimientos.

El inspector, con el gesto tan duro como su voz, mira fijamente a Carolina y la interroga.

—Cuando volvieron ustedes, el

señor marqués estaba ya en casa. ¿no es cierto?

—En efecto — responde la desventurada muchacha—. Al entrar, oímos el timbre de llamada. Mi marido acudió presuroso, como siempre.

—¿Y mientras tanto usted?...

—Le esperaba al final del pasillo; luego me fui a mi habitación.

—¿Oyó usted la discusión?

Carolina, después de titubear un instante, responde:

—No, señor inspector.

—¡Falso... está usted mintiendo! — dice el inspector, mirándola fijamente—. Si esperaba usted en el pasillo debió enterarse de que discutían.

Y dirigiéndose a Rosa, que se encontraba a pocos pasos suyos, le dijo:

—Usted oyó la amenaza perfectamente, ¿no es eso?

—Sí, señor, dijo: «Se acordará usted de mí.»

Mientras que el inspector hacía este interrogatorio, Cornelio sufría interiormente a causa de la inactividad a que se veía sometido. El, el Sherlock-Holmes moderno, se encontraba allí poco menos que como espectador... ¡Esto resultaba intolerable!... Pero ya encontraría la ocasión de asombrar a todos con su sagacidad policiaca. Y en la fra-

se de Rosa creyó ver algo que pasaba desapercibido para los demás. Aprovechando rápidamente la oportunidad, se dispone a intervenir, exclamando:

—¡Ah!... ¿Se acordará usted de mí?... ¿Se acordará usted de mí?... Esta frase, según como se diga, puede ser una amenaza o una expresión cariñosa.

Y encarándose con el que tenía más cerca, el portero en este caso, ahuecando su ya potente voz, le dijo:

—¡A ver, usted, avance dos pasos!

De mala gana obedeció el portero, y Cornelio, apartándose con él un poco, le interrogó:

—¿Esa frase fue pronunciada con tono interrogativo?

—No creo que esto sea un examen de gramática, señor... — contestó, malhumorado, el portero.

Aquello era demasiado... Que un inspector de Policía le desairara podía ser tolerado por Cornelio, entre otras razones por la poderosa de que no le quedaba más remedio, pero que un vulgar portero se atreviese a ello... Ahora vería aquel hombre con quién se las había... Y sacando un lápiz y su carnet de notas, Cornelio le increpó:

—¿Y usted quién es?... ¡Pronto,

responda!... Dígame dónde nació y por qué.

El inspector, soportando aquella nueva intromisión de Cornelio, continuó interrogando a Carolina.

—¿Tardó mucho en reunirse su esposo con usted?

—Menos de un cuarto de hora. Me dijo que el señor le había despedido. Al poco rato salió de la habitación porque oímos un ruido en el despacho.

—¿Cuando sonó el tiro su esposo estaba todavía junto a usted?

—Sí.

—¿No dice usted que salió al oír el ruido del despacho? El tiro fué después.

Carolina temblaba; era inocente, pero estaba tan aturdida que no sabía lo que respondía; le asustaba la presencia de aquel hombre.

Ludovico, que presenció la escena y que se acomodó en un amplio sillón, acaba de encender un cigarrillo y mira fijamente a Carolina; en sus labios se dibuja una sonrisa diabólica.

En este momento la puerta se abre y se introducen en el mismo tres agentes de Policía... Cornelio, que, naturalmente, no ha descubierto ninguna razón convincente para hacer detener al insolente portero, mira fijamente a los recién llegados y, señalando a uno de ellos,

precisamente el que trae unos objetos en la mano, dice al inspector:

—No pierda usted el tiempo interrogando. Fijese en aquel sujeto, señor inspector... Su ángulo facial acusa todos los rasgos de un criminal nato. Me gustaría conocer su árbol genealógico... Debe de ser de una familia de mucho cuidado.

—¿Ah, sí?—contestó el inspector—. Pues se lo presentaré a usted.

Y llamando al agente, verifica la presentación:

—¡Raul, acércate!... He aquí al señor Romero, célebre detective.

—¿Quién no conoce a don Cornelio?—comenta el agente.

—Lo presento a mi hermano, señor Romero—concluye el inspector.

Sin darle importancia y llevado por la fuerza de la costumbre, exclama Cornelio, alborozado:

—¡Caramba!... Tanto gusto... ¿Cómo está usted?...

Pero en seguida su frágil memoria le recuerda sus palabras de hace un instante, y, queriendo arreglar su imprudencia, dice obsequioso:

—¡Ah, su hermano!... Por algo decía yo que su ángulo facial acusaba todos los rasgos de un caballero honorabilísimo.

Y es que hoy Cornelio no tiene suerte...

Tras de cambiar una mirada de comprensión con su hermano, Raúl dice a éste:

—Toma. Hemos encontrado esto donde suponíamos.

Y pone en manos del inspector unas cosas.

—Una sortija de brillantes y un reloj de oro con una corona grabada—exclama el inspector—. ¿Los conoce usted? —dice, dirigiéndose a Ludovico.

—Sin duda alguna, señor inspector. Estas joyas pertenecían a mi pobre señor.

El inspector interroga al agente:

—¿Dónde las ha encontrado usted?

—En la habitación de esa mujer

—responde, indicando a Carolina, que con bláncor de lirio en el semblante asistía a aquella escena que iba haciendo jirones su corazón.

Y Carolina, presa de angustia mortal, exclamó:

—No puede ser... no puede ser... Yo no sabía que estuviesen allí.

El inspector de Policía, dirigiéndose a sus subordinados, ordenó:

—Háganse cargo de esta mujer.

—¡Tengan piedad de mí! ¡Yo no soy ladrona! En nada he intervenido. ¡Y mi marido tampoco! ¡Somos inocentes! ¡Rafael! ¡Rafael!...

Todo fué inútil; los agentes se la llevaron.

En el rostro de Ludovico se dibujó una sonrisa diabólica de triunfo.

¡MADRE!

AQUELLA noche fué de horrible martirio para el alma atormentada de Carolina. En una celda de la Inspección de Policía quedó toda la noche hasta que a la mañana siguiente le tomase declaración el juez.

El viejo conserje de la Inspección de Policía era un hombre simpático y cordial, muy habituado a ver de cerca a toda una gama de delincuentes.

Desde el pasillo, y al pasar junto a la celda que ocupaba Carolina, miró por el ventanillo porque acababa de escuchar los gemidos de una mujer.

Efectivamente, en un lugar de la estancia estaba Carolina, llorando.

Su incomunicación no la permi-

tía hablar con nadie, pero el viejo conserje, dejándose una vez más arrastrar por los impulsos generosos de su corazón, abrió la puerta y, acercándose a ella, le dijo:

—¿Qué tiene usted, pobre mujer?

—Que me acusan de un horrible delito que yo no he cometido.

—¡Ah! Entonces, si no lo ha cometido, no hay por qué llorar, porque la Justicia lo comprobará así, y quitando estos malos ratos que ahora está pasando, nada puede ocurrirle.

—Es que las pruebas me acusan y soy inocente. Lo juro por la memoria de mi madre.

Y rompió de nuevo en llanto amargo y desconsolador.

El viejecillo se acercó a ella y la tocó en el hombro.

—Vamos, mujer, tenga serenidad, que todo se arreglará. Ahora, por lo pronto, le voy a traer de mi casa un poco de comida.

—Gracias — respondió Carolina —, pero me sería imposible tomar nada.

—Una tacita de caldo con una yema—dijo el viejecillo con su bondad característica y dejándose llevar por los impulsos de aquel gran corazón.

—Se lo agradezco mucho, pero es que no podría.

—¿Tiene familia? — dijo después de un breve silencio.

—Estoy casada hace poco—contestó Carolina—; mi esposo y yo servíamos en casa del marqués de la Peña, y se nos acusa a los dos de haber asesinado y robado a nuestro señor.

El viejecillo movió la cabeza y exclamó:

—Mal asunto, entonces; pero en fin, tened confianza en Dios, que si es inocente no le ocurrirá a usted nada.

Toda la noche la pasó llorando la pobre Carolina.

A la mañana siguiente comparecía ante el juez nuevamente, y desde el juzgado pasó directamente a la cárcel. La infeliz mujer empeza-

ba arrastrar su pesada cadena. A las sendas cuajadas de rosas y de ilusiones seguían otras cubiertas de espinas. Por estas empezaba ya a caminar su corazón.

Carolina pensaba en Rafael. ¿Qué había sido de él?

Le vió desaparecer del despacho del marqués, aterrado, cuando le señalaron como autor del crimen. Un miedo insuperable se había apoderado de su espíritu y sólo pensó en huir.

¿Dónde estaría? ¿Habría huido por temor a verse envuelto en un crimen tan horroroso como repugnante?

Carolina no concilió el sueño en toda la noche.

Negras sombras envolvían su corazón.

Se había roto el encanto de su vida.

A la mañana siguiente se encontró entre las rejas de una prisión. Y pasaron los días y las horas en un cortejo fúnebre de agonías.

Carolina pronto se granjeó el afecto de las religiosas que prestaban sus hermosos servicios de caridad en aquella cárcel.

También el director, hombre ya viejo y bondadoso, la empezaba a mirar con simpatía. Las lágrimas de Carolina parecían el llanto sincero de su corazón. Creían en su inocen-

cia, pero las pruebas abrumadoras la condenaban.

Sólo una persona, la buena Juana, compañera suya en casa del marqués, la visitaba de cuando en cuando y procuraba llevar a su ánimo un poco de fe y de esperanza.

¡Qué triste era la vida de Carolina entre aquellas paredes tristes, sin el afecto y el apoyo del hombre que la amaba y a quien ella amaba tanto!

Además se acercaba el momento de ser madre.

Y una mañana luminosa en que el sol quebraba sus rayos de oro sobre el patio de la prisión, nació en la enfermería de la cárcel la hija de Carolina.

¡Con qué emoción infinita la estrechó entre sus brazos, con qué amargura vió nacer entre sombras el rayito de sol de su vida!

A los pocos días del nacimiento, todo eran halagos para la pequeña, a la que se puso por nombre María del Carmen. Las monjitas buenas la atendían con tierna solicitud. Era la niña mimada por todos.

Carolina no quería que su hija estuviese allí, y escribió un día a la buena Juana, diciéndole que había nacido su hija.

La contestación de Juana fue avisarla que iría a verla en seguida.

Carolina le comunicó su deseo a una monjita, que era buena y cariñosa con ella.

—La pequeña no puede vivir aquí—le dijo—. Yo quiero que se haga cargo de ella una buena amiga mía.

—Me parece muy razonable. Y añadió:

—Y cuando tú salgas...

—Cuando yo salga, no quiero que esta hija sepa nunca quién fue su madre.

—¿Por qué?

—Porque no quiero que se avergüence de su cuna. Yo soy inocente: Dios es el único quien lo sabe, pero las pruebas me han condenado.

Y rompió a llorar amargamente.

La monjita trató de consolarla, pero Carolina sentía desgarrarse su corazón.

Aquel hijo, con tanta ilusión esperado, el que hubiera sido el complemento de la felicidad de su hogar, había nacido en una cárcel.

Se horrorizaba la pobre madre pensando que un día aquella hija pudiese avergonzarse de su cuna.

Pero no, no la conocía porque ella, aun desgarrando su corazón, se separaría de aquella hija de todos sus amores.

Y como si fueran los últimos besos que podía darle, la oprimía con-

tra su pecho y la besaba apasionadamente.

—¡Pobre hija mía!

...

Apoyado en la barandilla de un barco, un hombre mira tristemente a la ciudad cuyos últimos perfiles se van perdiendo. Todo lo deja en ella, el amor de una mujer, que lo es todo en su vida, la felicidad de un hogar que se ha destruido. ¿Por qué se va? Porque un terror de muerte se ha apoderado de su espíritu; porque el miedo de verse

acusado y sin poder defenderse le hizo descolgarse aquella noche por el balcón; porque ganó un barco que se iba, sin saber lo que hacía, como un autómata; el miedo había adormecido su voluntad; el temor había matado sus pensamientos.

¿Por qué se iba? Ni él mismo lo sabía. ¿Adónde iba? No sabía encontrar respuesta a esta pregunta.

El barco bordaba con sus hélices encajes magníficos de espuma.

Apoyado en la barandilla de cubierta, contemplando aquella ciudad que se alzaba, Rafael sintió dos lágrimas resbalar por sus mejillas.

INOCENTE

HAN pasado dos años. Acomodado en una butaca de su despacho, ojeando un periódico mientras se esparce por la estancia la espiral de humo de un magnífico habano, Ludovico, el administrador del marqués,

Por una de las puertas entra en la habitación Lucía, el aya nueva del hijo del marqués, llevando de la mano un muñeco rubio y simpático: es Juan Carlos, el huérfano del marqués de la Peña.

—Ya estamos aquí, señor—dice el aya.

Juan Carlos mira con hostilidad al administrador.

—Prepárese para acompañar al niño, que ingresará esta tarde en el colegio.

Y tratando de dulcificar la voz y dirigiéndose al pequeño, añade:

—Con ello creo cumplimentar los deseos de tu padre, a lo que estoy obligado como tutor tuyo. Acércate, pequeño, acércate.

—¡No quiero!—es la respuesta del niño, que busca cobijo junto a Lucía.

—¡Hombre, tiene gracia! ¿Y por qué no quieres venir?

—¡Por que no!

Los niños, para quienes la hipocresía es algo desconocido —ojalá lo fuera siempre también para los hombres—, dicen las cosas como las sienten.

Y Juan Carlos no sentía ninguna simpatía por Ludovico.

—Lléveselo—ordenó el administrador.

Salieron de la estancia.

Ludovico reanudó la lectura comentando:

—Tiene mucha gracia el muñeco.

...

En la sala fría de una cárcel está Juana, la antigua criada de la casa del marqués de la Peña, acompañada de Cornelio, el detective.

Juana espera con impaciencia la hora reglamentaria de la visita, y dice:

—¡Pobre Carolina! ¡Con la ilusión que aguardaba un hijo! ¿Quién iba a decirle que ese hijo, con tanta ilusión esperado, haría en una cárcel?

—Tranquícese, señora Juana. Tarde o temprano descubriré yo toda la verdad.

—Y eso, ¿quién lo va a ver? ¿Sus nietos?—responde Juana con cierta ironía.

—Para tener nietos hace falta tener hijos, tener mujer; para tener mujer, casarse... y para casarse hace falta estar loco.

—¡Claro, como usted no está nada más que chalao!

—¡Doña Rosemunda!... —exclama iracundo Cornelio.

—¡Juana!... ¡Me llamo Juana!

—¡Hace usted muy bien—replica

el detective, distraído como siempre.

La puerta que conduce a la sala de visitas acaba de abrirse y aparece en ella Carolina con una niña en brazos. Blancor de azucena tiene su rostro, surcos que tejieron las lágrimas se ven bajo sus ojos.

Una religiosa la acompaña, plumaje de paloma blanca envolviendo un alma blanca, como campos de armijo.

Carolina avanza hacia Juana y la abraza conmovida.

—¡Juana!

—¡Carolina!

Y esta, alzando en sus brazos a la muñequita rubia que sostiene en ellos, exclama:

—¡Una hija, señora Juana; una hija que es como un sol entre las tinieblas de esta vida que arrastró! ¡Si su padre la viera!

La voz grave de don Cornelio interviene:

—Confía en mí, Carolina. Sólo yo puedo descubrir al culpable.

—Gracias, gracias. ¡Usted cree en mi inocencia!

—¡Cálmate, hija mía!—exclama conmovida Juana.

Y tomando en sus brazos a la niña, añade:

—Tiene tu misma cara... ¡Es una preciosidad!... ¡Es un ángel!...

—Señora Juana... yo quisiera pedirle un favor.

—Dime, hija, dime.

—Esta niña es todo lo que me queda en el mundo... No quisiera que nunca tuviera que avergonzarse de su madre.

—Al contrario, hija mía... Te querrá más por desgraciada. Por buena.

Y la voz desgarrada de Carolina, mientras oprimía con amor de madre a aquella criatura, exclamó:

—A usted se la confío. ¿Verdad que velará por ella? Cuando sea mayor y pregunte por mí, por sus padres, dígame que murieron... que no sepa nunca que fueron acusados de asesinato. Ocúltele usted siempre que nació en una cárcel.

Un gemido desgarrador se escapó de su garganta.

Juana, repuesta de la emoción de aquella escena, exclamó:

—La llevaré a casa de mi hermana Gregoria... No tiene hijos y la cuidará como si fueras tú misma.

Carolina, cuyas palabras temblaban, dijo:

—Gracias, gracias... Dios la bendiga.

Carolina besa a su hija y la deposita en brazos de Juana.

Es su corazón el que entrega en aquellos momentos de dolor infinito.

La religiosa se acerca y, como siempre, derrama el bálsamo de sus palabras, llenas de caridad y de amor.

—Usted saldrá de aquí, hija mía y ese día feliz volverá al lado de su hija.

—¡Nunca! ¡Sabré hacer el sacrificio inmenso de no decirle jamás que soy su madre. No quiero que se avergüence de mí, no quiero que sienta la vergüenza de su cuna.

La religiosa indica a Juana que debe ya darse por terminada la dolorosa entrevista.

—Nos vamos ya, hija mía.

—¡Déjeme usted darle el último beso!...

—Tómala.

—¡Hija mía, hija mía... que seas muy feliz!... No te olvidaré nunca!

Y la oprime contra su corazón. El corazón de una madre es el sagrado recinto del que no salen nunca los hijos.

—Vamos, Carolina, vamos; resignación—exclama la religiosa, dándole a besar el rosario que lleva en sus manos.

Carolina lo besa con fervor.

Juana, llevando en sus brazos a la hija de Carolina —la hija del presidio—, ha salido ya de la sala.

Un llanto angustioso agita el corazón de la pobre madre.

La religiosa la conduce amorosamente de nuevo hasta su celda.

Y vuelve a repetir:

—Vamos, Carolina; resignación.

—Ya la tengo, hermana.

Y sobre un nuevo sollozo, exclama:

—¡Hija mía... hija mía!



Juan Carlos había ingresado en un magnífico internado. Era un severo edificio de tres plantas, en el que recibían educación hijos de numerosas familias aristocráticas.

Un amplio jardín rodeaba el edificio y en él jugaban los escolares bajo la severa vigilancia de uno de los profesores, un bondadoso viejecillo, cuya severidad era externa, pues era de una gran dulzura su corazón.

El viejo profesor había tomado gran cariño a Juan Carlos, precisamente porque le veía rehuir siempre el juego con los demás chiquillos porque, cosa rara en su edad, parecía estar siempre triste.

Mientras los pequeños jugaban aquel día a la hora de recreo, el profesor llamó a Juan Carlos, que en un rincón del amplio jardín estaba con un libro en las manos.

—Vamos a ver, pequeño: ¿tú por qué no juegas?

—Prefiero aprovechar el tiempo estudiando—fué la respuesta del hijo del marqués de la Peña.

—En varias ocasiones te he hecho la misma pregunta y siempre me has contestado igual.

Y, tras de una breve pausa, añadió:

—¿Por qué estás siempre triste?

Una sonrisa de amargura prendió en los labios del muchacho.

—Vamos, contesta.

—Porque no he conocido a mi madre y mi pobre padre murió hace poco asesinado en nuestro palacio.

El viejo profesor, que ya conocía la tragedia del marqués de la Peña, sintió una honda emoción al escuchar aquellas palabras de labios de Juan Carlos.

Y, tomándolo sobre sus rodillas, le acarició, diciéndole:

—Sí que es una gran desgracia la tuya, pero eres un hombre y has de ser fuerte contra las adversidades de la vida.

—Sí; quiero serlo; y cuando sea mayor no pararé hasta descubrir a los asesinos de mi madre.

—Me parece muy justo tu propósito.

—Y tu tutor, ¿es bueno contigo?

—preguntó el profesor.

—No.

La respuesta fué rápida y brusca.

En los ojos de Juan Carlos se encendió una llama de ira.

Sentía verdadero desprecio por Ludovico. No sabía la causa, pero desde el primer momento le fué antipático.

Desde aquel día el profesor distinguió con su afecto y su consideración al pobre huérfano.

Juan Carlos se hacía querer por todos por su carácter dulce, por su aplicación y aquella tristeza que rodeaba su vida.

Ludovico, el administrador, apenas iba a verle. Sentía por el niño una profunda antipatía.

Cuando iba al colegio procuraba

fingir un cariño por su pupilo que no había sentido nunca.

Juan Carlos lo recibía con su marcada hostilidad de siempre.

Después de la visita solía decirle el viejo profesor:

—Pues parece que tu tutor te aprecia mucho y se desvela por colmarle de toda clase de atenciones.

Juan Carlos no respondía y hacía un gesto de desagrado.

—Tú no le quieres bien, pequeño.

—No.

Y no daba más explicaciones.

Juan Carlos cada día estudiaba más y apenas jugaba en los recreos. ¿Era un niño triste?

¡POBRE NIÑA!

GREGORIA, la hermana de Juana, era una profesora de música un poco cursi, un tanto redicha y que tenía a su marido, el pobre Atila, metido en un puño, como vulgarmente se dice.

En una salita amueblada con sencillez y ante un armonium da lección a sus discípulas.

Ante la puerta de la casa de Gregoria, acaba de llegar Juana, que trae en sus brazos a María del Carmen, la hija de la desventurada Carolina. Suena la campanilla insistientemente.

Atila, que se encontraba en la cocina haciendo ejercicios de mano machacando en un mortero, se dirige hacia la puerta, sin darse cuen-

ta de que lleva puesto el delantal con el que maniobra durante sus labores culinarias.

Cuando se encuentra frente a su cuñada exclama:

—¡Caramba, querida cuñada! ¡Me has cogido con el mortero en la mano, pero no te asustes; que no disparo!

Y es que el buen Atila se ha olvidado también de dejar el mortero en la cocina y se ha ido a abrir la puerta con él.

Y añade a sus últimas palabras:

—Como mi mujer se dedica a la música yo me dedico a la cocina.

—Sí, sí; ya lo veo — responde Juana sonriendo.

—Ella machacando para que sus alumnas aprendan las lecciones y yo,

ya lo ves, machacando también.

Atila repara en la niña que Juana lleva en brazos.

—¡Eh, qué veo?... ¿Una niña?... ¡A tus años, Juana!...

—No perderás nunca el humor. No es lo que te imaginas.

—Pasa, mujer, pasa, que ya verás la alegría que se llevará tu hermana cuando te vea.

—Gregoria es muy amante de la familia; a mí me quiere de un modo que me lesiona.

Entran en el comedor.

Atila ha dejado sobre la mesa sus armas de combate, el delantal y el mortero.

Juana le explica la tragedia de la pobre Carolina.

Y termina su relato con estas palabras:

—Y entonces me acordé de vosotros, tan buenos, tan generosos. Si no queréis adoptarla, la llevará a la Casa de la Maternidad.

—Has hecho muy bien en traerla—responde Atila—. Se quedará aquí con nosotros. En esta casa se hace lo que yo mando... cuando mi mujer no manda otra cosa.

—Anda, dile que he venido, Atilano.

—¡No; Atilano, no!... Llámame Atila que es el nombre que corresponde a mi carácter violento. A...ti-

le me tiene el médico porque soy muy nervioso.

Juana se echa a reír.

Y Atila entró al cuarto inmediato, donde suponía que estaba su costilla dando clase a sus alumnas. Pero Gregoria había salido un momento y Atila, que no podía remediar su debilidad por el bello sexo, echó un piropo a una de las alumnas, piropo que escucharon las demás muchachas y que desgraciadamente oyó también Gregoria, que en aquel momento entraba en la clase.

Gregoria, fulminándole con los ojos y dándole un pellizco que le hizo exhalar un grito horroroso, gritó:

—¡Salga usted inmediatamente de aquí, frívolo!...

Atila se quedó aterrado; cuando su esposa le llamaba de usted, la tormenta que se avecinaba era de truenos, relámpagos y centellas.

Gregoria tiene en sus brazos a María del Carmen.

Está junto a ella Juana y Atila, que enjugándose una lágrima, hace caricias a la pequeña y al fin la toma en sus brazos y la alza.

—¡Oh, es monísima! Mira, Gregoria, mira! ¡Tiene dos ojos y los dos del mismo tamaño: no se parece a las demás criaturas! ¿Verdad que la adoptaremos? Sí; es una hija

que nos llueve del cielo] como una estrella.

—¡Atila!—exclama Gregoria con severidad.

—¿He dicho alguna tontería?

—¡Una estrella! —exclama Gregoria con énfasis—. Aprenderá solfeo, educaré su voz; cantará Verdi, Schubert y Meyerbeer... y la haré brillar en el cielo del arte.

Atila, dirigiéndose a la niña, le dice muy serio:

—¡No te asustes!... Cuando se pone así, una ducha y se queda tan fresca.

La alza de nuevo en sus brazos. Atila y la pequeña rompen a llorar.

—¡Cállate! Pero ¿por qué lloras,

tú, encanto? ¿Es que no has visto nunca a un hombre tan feo?

Y de pronto, mirando los pañales, exclama:

—¡Caramba, esta niña llora por todas partes!...

Gregoria, volviendo a mirar a la chiquilla y dirigiéndose a Juana, dice:

—Esta niña será una mezzo soprano formidable —y encarándose con su esposo, añade—: Atila, tú te encargarás de criarla.

—Conforme—responde Atila—; pero para eso necesito comerme dos huevos en cada comida, dos filetes con muchas patatas, porque para criar hay que estar muy bien alimentado.

ALMA DE ARTISTA

HAN pasado diez y siete años.

Sentada ante el armonium está Gregoria, en cuyos cabellos el tiempo ha ido colocando sus hilos de plata. María del Carmen, a su lado, entona una canción romántica, con voz dulce y maravillosa. Es ya una mujer, graciosa, esbelta, bonita.

Atila va llevando con la cabeza el compás de la música mientras se cose un botón de la americana, y tan entusiasmado está escuchando la voz de María del Carmen, que se pincha con la aguja; se lleva el dedo a los labios y vuelve de nuevo a coser, pero esta vez con precaución.

La letra de la canción romántica dice así:

PRIMER AMOR

*Primavera de luz y de flores
que promete risueños quereres,
yo sentí con su luz los dulzores
de unos tiernos y castos amores.*

*La primera ilusión de un cariño
te entregué con el alma rendida
y soñé que en tus brazos prendida
caminaba vestida de armiño.*

*Sinfonía de velos y azahares,
primavera de luz y alegría,
con mi amor yo te doy la promesa
del eterno cariño, que es vida.*

Cuando María del Carmen termina la canción, esmaltada de deliciosos matices, Gregoria se levanta del armonium y abraza emocionada a María del Carmen.



—¡Súditeme, súlteme le
digo!...

«Mira tu nombre tatua
do...»



—Una sortija de brillantes y un reloj de oro con una corona grabada...



—...acurríandole con una canción de cuna...



Los dos iban tejendo
sueños de felicidad...



—¿Puede saberse adón-
de van los señores?...



—¿Sola? ... (No tiene usted a nadie que la cuide?)



Uno de los ladrones de
riba al otro de un puñe-
tazo ..



En un hogar en que la
felicidad sonríe...



—¿Y cuando tú sales?...
—Cuando yo salga no
quiero que esta hija sepa
nunca quién fue su madre.



—Emocionadas lo estamos todas—replica Atila.



—¿No buscáhamos una mujer que me ayude a vestir y me acompañe al teatro?

L A C U L P A D E L O T R O



Se abre la puerta del sa-
loncito de música



—Aquí tenemos al nesi-
no de mi padre.



—Pero ya verás las sopas
de ajo que yo hago y lo
bien que surzo...



—... todos viviremos jun-
tos en mi palacio, ¿verdad,
María del Carmen?

—¡Qué maravilla! ¡Si canta como un ángel!

—¿De veras canto bien?—pregunta María del Carmen con su adorable ingenuidad.

—¡Oro de ley!—responde Atila, mirando por encima de aquellas gafas que cabalgan a media nariz—. ¡Oro de ley!... Y yo entiendo un rato de esto...

—¡Atila!—exclama Gregoria.

—¿He dicho alguna tontería?

—Cállate; termina de coserte el botón, que aun tienes tres pares de calcetines para zurcir.

Ríe María del Carmen con aquella risa cristalina que es como un repique de campanillas de gloria. Y besa la frente de Atila. Después, abrazando jubilosa a Gregoria, exclama:

—¡Mi maestra buena! Educaste mi voz y has hecho mucho más: has moldeado mi carácter.

—Y para mí ni un piropo siquiera, ¿eh?—dice Atila—. Acuérdate de cuando eras pequeña: ¿quién te ha lavado, cosido, guisado, zurcido y planchado?

—¡Tonto!... Los dos lo habéis sido todo para mí... No conocí a mis padres... ¿Qué extraño que os quiera como los hubiese querido a ellos, de haber tenido la dicha de conocerlos?

Y, dándole de nuevo un beso muy apasionado y muy lleno de sincera gratitud, añadió:

—Adiós. Se me hace tarde y los catedráticos no comprenden estas escenas familiares. ¡Son capaces de ponerle un cero a su padre!

AMOR QUE NACE

CAROLINA, envejecida, pero conservando aún huellas de su pasada belleza, está sentada en el banco de un jardín público. A su lado hay un atillo de ropa. Ha cumplido ya la condena de un delito que no había cometido, pero la justicia no fué culpable de que las pruebas la condenasen.

Carolina ha recobrado su libertad, pero entre los muros de aquella prisión ha quedado su juventud enterrada. Allí murieron también todos aquellos sueños dulces de su vida. De Rafael no ha vuelto a saberse. De María del Carmen — a la que no ha vuelto a ver desde que se la entregó a Juana — sí ha sabido algunas veces, pero jamás le dirá que es hija suya, porque le estre-

mece pensar que el estigma de su vida pudiera caer sobre su hija.

De pronto Carolina alza sus ojos que tenía fijos en el suelo y mira con fijeza hacia cierto sitio del parque por el que avanzan cuatro muchachos jóvenes — de diecisiete a veinte años — estudiantes que llevan una cartera bajo el brazo.

Carolina deja escapar un hondo suspiro de su pecho y al fijar sus ojos en el lado contrario contempla la belleza sorprendente de María del Carmen.

¡Qué cerca están la madre y la hija! ¡No se reconocen!

María del Carmen avanza de prisa hacia el lugar donde Carolina se encuentra. En dirección contraria, avanzando hacia María del Carmen, viene Juan Carlos. Es un muchacho

de unos veintitrés años, estudiante; su tipo es distinguido: es el hijo del difunto marqués de la Peña.

Sin embargo, María del Carmen ignora esta circunstancia.

Juan Carlos la conoció casualmente un día que acompañaba a unos estudiantes, compañeros suyos, al Conservatorio. Al verla se prendó de ella; logró que se la presentaran y conquistó poco a poco su corazón de chiquilla. En las primeras conversaciones María del Carmen le descubrió la humildad de su origen, añadiendo que ignoraba quiénes eran sus padres verdaderos, pues había sido recogida a poco de nacer por los mismos viejecitos con los cuales vivía ahora.

Juan Carlos, temiendo perderla si le confesaba su alcurnia y su riqueza, y comprendiendo que la ternura y la bondad del corazón de aquella adorable mujercita eran de más valor que todos los tesoros del mundo, inventó una historia cualquiera, diciéndole que era un estudiante que a duras penas podía sufragar los gastos de su carrera.

Y se consolaba de esta mentira al saber la noble intención que le llevó a forjarla, esperando el momento oportuno para confesarle la verdad, el cual llegaría el día en que María del Carmen conociéndole ya a fondo

comprendería claramente el motivo de su engaño.

Y he aquí una de las mil maneras de que el Destino se vale para ir tejiendo la madeja complicada e ignorada de la vida de los seres humanos, cuyo futuro sólo conoce la voluntad serena e inmutable de Dios.

Los jóvenes se encuentran delante mismo de Carolina y se saludan estrechándose las manos.

—¡Chiquilla!

—¡Juan Carlos!

—¡Cuánto has tardado!... Me sé de memoria todas las niñeras y todos los soldados de este parque.

¡Si Carolina supiese que la muchacha que tiene delante de sus ojos era su propia hija!

María del Carmen y Juan Carlos echan a andar.

Carolina los ve marchar. Se levanta, saca de su bolsillo un papel y en él lee unas señas.

Mientras, van tejiendo su idilio, muy juntos, muy juntos. Juan Carlos y María del Carmen.

—Vamos aprisa, Juan Carlos. Llegaré tarde al Conservatorio.

—¡Dichoso Conservatorio! ¡Le odio!

—¿Por qué?—pregunta ella dulcemente.

—Porque tengo celos de tu gloria. Te quiero para mí solo. Los

aplausos del público llegarán a alejarte de mí.

—¿Tan poco firme crees mi cariño?—exclama ella—. Tu carrera de abogado quizás no sea lo suficiente para asegurar nuestro porvenir.

—Yo trabajaré para que nada te falte.

—Lo sé, Juan Carlos, y yo no tengo más que una sola ambición en el mundo.

Y mirando muy fijo, con aquellos ojos azules de adorable dulzura, añadió:

—La de tu cariño; pero hay otra razón: mis viejecillos tienen la ilusión de verme triunfar y yo no debo destrozarla.

—¡Qué buena eres, chiquilla!

—Te lo parezco porque me quieres casi tanto como yo a ti.

Y ambos continúan bajo el arrullo de aquel mágico idilio.

Carolina, con su atilío de ropa en la mano, llega hasta la puerta de la casa de Gregoria. Lee el papel y pulsa el timbre. A los pocos segundos abre la puerta nuestro buen Atila.

—¿Qué desea, señora? Pase usted.

Después, en el saloncito de la casa de Gregoria, ésta escucha aturrida y emocionada el relato de la pobre Carolina.

—Dios les premie por lo que han

hecho por ella. No lo olvidaré nunca. Disculpenme ustedes. ¡Son tantos los años de angustia en espera de este momento! Y ahora, ahora es cuando empieza mi condena.

—¿Por qué? —pregunta Gregoria—. Va usted a verla por fin... a estrecharla entre sus brazos.

Un gesto de amargura se dibuja en el rostro de Carolina, quien, con palabras que tienen temblor de lágrimas, exclama:

—No; no sabrá nunca que soy su madre, Veria si... una sola vez y moriré feliz.

Las palabras de Carolina habían emocionado hondamente a los dos viejos. Carolina añadió después:

—¡Qué importa mi sacrificio! Estoy dispuesta a todo con tal de que ella ignore que su madre ha cumplido una condena y que su padre fue acusado de un asesinato.

—Vamos, vamos; no se atormenten ustedes así... ¡Quién sabe!

—Cuando menos lo espere Dios, hará el milagro y volverá su marido —dijo bondadosamente Atila.

—Y entonces a gritos podrá usted llamarla por fin, hija mía.

—¿Qué sueño más hermoso!—exclamó Carolina, cuyo semblante se había iluminado súbitamente.

María del Carmen camina hacia su casa; la acompaña Juan Carlos.

Junto a un farol del jardín se detienen.

—Despidámonos aquí—dice ella.

—Cada día le tengo más odio a este farol—exclama Juan Carlos.

—¿Por qué?

—Porque representa el fin de estos momentos de felicidad.

—Mientras no hayamos hablado con papá Atila no quiero que nos vean juntos.

—Mañana subiré a verte—dice rápido Juan Carlos—. ¿A qué hora te parece?

—Cuando quieras; a esta misma,

—Conforme: Hasta mañana, María del Carmen.

—¿Se te pasó ya el enfado?

—Del todo.

—Llegará pronto un día que sólo cantaré para ti. ¿Qué dice a eso mi celosillo?

—Que te quiero cada día más

—contestó Juan Carlos, oprimiendo fuertemente entre sus manos la de María del Carmen.

—¿De veras?

—De veras.

Y se despidieron.

María del Carmen aligeró el paso para llegar pronto a su casa.

Los dos iban tejiendo sueños de felicidad para un mañana que estaba muy próximo.

¡HIJA MIA!

EN el saloncito de casa de Gregoria, ésta y su marido hablaban con Carolina.

—La chiquilla es mi mejor discípula—dice Gregoria con legítimo orgullo.

—Primer premio del Conservatorio—añade Atila—. Dentro de poco debutará en la Ópera.

Carolina, hondamente emocionada, dice con palabra balbuciente:

—¡Qué buenos son ustedes! ¿Cómo podré pagarles lo que han hecho por mi hija?

—María del Carmen ha llenado esta casa de alegría — dice mamá Gregoria.

—Sin ella ¿qué hubiese sido de estos pobres viejos?—dice Atila.

Suena insistentemente el timbre de la puerta.

—Es ella—dice Atila levantándose.

Y se encamina rápido hacia el recibidor, abre la puerta y se encuentra frente a María del Carmen que se arroja en sus brazos y le dice:

—¡Hola, viejecillo mío!

Ambos entran en el salón donde las dos mujeres se encuentran.

María del Carmen abraza a mamá Gregoria, diciéndola a un tiempo:

—Mamá, Gregoria... tengo que daros una gran noticia. ¿No lo adivináis? Se trata de una visita sensacional.

En un rincón de la salita, Carolina, cuyo corazón parece que va a saltársele del pecho y en cuyos ojos

tiemblan las lágrimas, mira con emoción imposible de describir a aquella hija, amor de sus amores, carne de su carne a la que vuelve a ver y verla le parece un sueño.

Atila pregunta:

—¿Una visita?

—¿Quién os habéis figurado que puede ser? — interroga María del Carmen.

—Nadie, hijita... Como dijiste sensacional...

—¿Y para mí no lo es?—exclama María del Carmen—. Se trata de un muchacho que quiere pedirnos permiso para... para... acompañarme al salir de clase. Yo, la verdad, no he sabido negarme...

—¡Ah, tunantuela! — dice Atila—. ¿Con que ésas tenemos? ¿Un rondador en puerta?

—Un amigo — responde María del Carmen un poco turbada.

—¿Un amigo?... —exclama Atila—. ¿Y quiere darle a su amistad ese aire de tragedia?

—De tragedia, no—responde la hija de Carolina—: de seriedad, de formalidad.

—¡De tragedia! ¡De catástrofe! —dice Atila, poniéndose muy serio—. No olvidaré nunca el primer día que yo subí a ver a los padres de ésta (por Gregoria) y aun estoy pagando las consecuencias.

Y, con un gesto resignado, añade:

—¡Veintisiete años cuidando el puchero!

Gregoria le envuelve con una de aquellas miradas que fulminan.

—¡Calla, estúpido, calla!

Y después, en otro tono, añade:

—Además, María del Carmen tiene razón. Al querernos hablar, ese chico demuestra...

—Nada, nada; no me convences —exclama Atila—. A ese caballerote ya le diré yo cuatro cosas...

—Cuando le veas se te caerá la baba—dice María del Carmen—. ¡Es más guapo!

Atila, dirigiéndose a Carolina que no aparta un instante sus ojos de María del Carmen, le dice:

—¿Pero oye usted, señora?

María del Carmen vuelve la cabeza y descubre a Carolina en un rincón de la sala.

—¡Oh, discúlpeme usted, señora! No me di cuenta... Llegué tan aturdida.

—De nada tengo que disculparla —exclama Carolina cuya voz tiembla—. La estaba escuchando encantada.

—Es una antigua amiga — dice Gregoria—. Hacía muchos años que no la veíamos. Una amiga muy buena y muy querida.

—Siéndolo para ustedes, desde este momento lo es también para mí—dice María del Carmen.

La emoción de la pobre Carolina es tan intensa, que apenas se oye su voz al responderlo:

—Gracias... gracias...

—La pobre—indica mamá Gregoria—pasa por una situación muy crítica. Se encuentra sin trabajo, sin recursos... ¡Está sola en el mundo!

María del Carmen se acerca a Carolina y con palabra emocionada la dice:

—¿Sola?... ¿No tiene usted a nadie que la cuide?

Y la voz doliente de la madre responde:

—A nadie.

—¡Pobrecilla!—es la exclamación compasiva de María del Carmen que, acercándose a Carolina, acarició su frente con la mano.

Por todas las riquezas de la tierra no hubiera cambiado Carolina aquella primera caricia que de manos de su hija recibía.

—¡Cuánto debe usted haber sufrido!—exclama María del Carmen, que siente hacia aquella mujer una atracción irresistible.

—¡Mucho, señorita, mucho!

—Hoy que soy tan feliz no quiero que haya penas a mi lado. ¿Verdad, mamá Gregoria?

—Verdad, hija mía.

—Por lo pronto hoy comerá usted con nosotros—dice la adorable chiquilla a Carolina:

Poco después, en el comedor de casa de mamá Gregoria, alrededor de la mesa, están el viejo matrimonio, María del Carmen y Carolina.

—¡Calle! Si ahora que pienso tengo en mis manos el medio de aliviar su situación—exclama con alegría María del Carmen.

—¿Tú?—pregunta Atila.

—Yo, sí, señor, yo. ¿No buscábamos una mujer que me ayudase a vestir y me acompañase al teatro?

—Es verdad—dice mamá Gregoria.

—¿Quién mejor que usted, señora?

Carolina, cuyo corazón parece que va a romperse al peso de tantas emociones, exclama:

—¿Yo?... ¿Usted cree que yo?...

—Desde luego, ha sido una idea magnífica la que ha tenido María del Carmen—dice Gregoria—. Yo estoy muy delicada y no podría con este ajetreo.

—El caso es que yo no sé si debo.

Gregoria y Atila, disimuladamente, hacen señas a Carolina para que acepte la proposición de María del Carmen.

Esta, ante las palabras de Carolina, responde:

—Con mi proposición no he querido ofenderla.

—¿Ofenderme?... Al contrario,

hija mía, no sé cómo expresarle mi gratitud.

En aquellas dos palabras «hija mía» puso aquella mujer todo su corazón.

—Ya verá usted cómo somos dos buenas amigas — dijo María del Carmen.

Carolina avanza hacia su hija y quiere besarle la mano, pero ella lo impide y la coge en sus brazos.

Carolina, que ya no puede contener su emoción, rompe a llorar.

—Vamos, vamos... flore usted y desahogue su pena— Ya no está usted tan sola. ¡Hágase la ilusión de que ha encontrado usted una hija!...



La vida con sus giros trágicos e insospechados une y separa a las personas humanas como si fueran juguetes mecánicos, a quienes una mano invisible da cuerda y hace mover a su antojo.

En un hogar en que la felicidad sonríe, de pronto, inesperadamente, irrumpe súbita la desgracia y, sin que sus víctimas lleguen a comprender la causa de lo que ocurre, aquella se ensañea de sus destinos y envolviéndolas en sus mantos de luto, destruye toda la alegría y toda la dicha que hace poco reinaba en sus corazones.

Pero si bien la desgracia aparece

como una tempestad que todo lo arrasa y destroza, dejando sin valor y malparados los campos en los que ha poco se alzaban como promesas ciertas de bienestar los logrados frutos o las altas y doradas espigas, pasado algún tiempo, el sol, lentamente, va rasgando las negras nubes que lo ocultan y, haciéndolas huir ante sus ardientes rayos, luce esplendoroso y rutilante, trayendo la alegría y la esperanza en aquellos que estaban tristes ante el desolador espectáculo que la tormenta ponía ante sus ojos.

Así aquella infeliz madre, víctima de las siniestras maquinaciones de un malvado, que expió en la cárcel un delito que no cometió, empezaba a ver lucir en la tristeza sombría de su vida el rayo de luz que entraba débilmente ahora y que luego luciría con toda su fuerza dentro de su corazón.

¡Había sufrido demasiado!... Pero aquello ya había pasado, y los posos de amargura que aun había en su alma se iban disolviendo lentamente ante las sonrisas y las ternuras sin límites de aquella encantadora mujercita que brillaba en la soledad lúgubre de la celda de la cárcel.

Ahora estaba con ella, en la misma casa, cuidándola, mimándola y contemplando siempre la carita ado-

rada. Cierto que no se atrevía a darle el nombre de hija —¡cruel tormento para aquella madre bondadosa!— para evitarle el dolor de saber... Pero ya llegaría el día en que pudiera hacerlo... Ella esperaba confiada en la divina clemencia de Dios. Él haría que su inocencia resplandeciera y que su María del Car-

men no tuviera ya que avergonzarse de su madre. Ella, Carolina, procuraría por todos los medios a su alcance esclarecer el pasado... Y sus rezos, llenos de fe y ferviente unción, pedían siempre lo mismo: «¡Señor, haz que pueda llamarla hija sin que tenga que avergonzarse de ello!»...

EL REGRESO

UN barco mercante se va acercando al puerto.

En la barandilla de cubierta, apoyado, un hombre clava sus ojos en la ciudad que ya se divisa.

¡Con ansiedad se agita su corazón!

Aquel hombre que vuelve a su ciudad después de una ausencia de muchos años, es Rafael, el marido de Carolina.

¿Qué encontrará en la ciudad de la que huyó hace tiempo?



Rafael ha desembarcado después de despedirse cortésmente del capitán del buque que ha tenido con él muchas atenciones.

Con paso incierto camina por las calles de aquella ciudad que guarda en su corazón tantos y tantos recuerdos.

«¿Volveré a verla?», dice para sí con angustia el pobre Rafael.

Y esta interrogación que se abre ante sí le hace tener miedo a empezar las indagaciones necesarias.

¿Su vida rota podrá reconstruirse?

Rafael empuja la puerta de una taberna que hay próxima al puerto y avanza hasta el mostrador, donde se encuentra el Patrón sirviendo unos vasos de vino.

Recordarán nuestros lectores al Patrón que intervino en el principio de esta obra. Ahora es el dueño de la taberna.

Rafael se dirige a él,

—Me han dicho que podría usted alquilarme una habitación.

—Bueno... Pero si estás sin dinero o tienes cuentas pendientes con la policía...

—Un viento de desgracia llevó mis huesos por el mundo.

—¿Una mujer por medio, verdad? —dijo el Patrón.

—No — respondió enérgico Rafael —. Un canalla a quien he de buscar aunque se esconda debajo de las piedras.

—Harás muy bien en vigilarle; el que nos la hace que nos la pague.

Rafael saca de su bolsillo una cartera y arroja un billete sobre el mostrador.

El Patrón cambia rápidamente de gesto y de actitud.

—Cuando se viene con razones de éstas —dice—, no hay nada a objetar.

Y le conduce a la mejor habitación de la casa.



En el suntuoso despacho del marqués de la Peña se encuentran Juan Carlos, Ludovico y el notario. Este lleva en la mano una cartera que contiene importantes documentos.

Juan Carlos, después de invitarle a sentarse, dice:

—Estoy a su disposición, señor notario.

—Me complace, señor marqués, en hacerle entrega de los títulos que acreditan la propiedad de sus bienes, al propio tiempo que le felicito por la terminación de su carrera de abogado.

—Muchas gracias — responde Juan Carlos.

—Debo manifestar al señor marqués que el deseo de su difunto padre, expresado tácitamente en el testamento, es que el administrador don Ludovico Castro siga prestando sus servicios en la casa.

Ludovico sonríe satisfecho al escuchar estas palabras, y dice:

—Ya sabía yo que había de parecerle muy bien. He de excederme ahora más que nunca en el cumplimiento de mis deberes y procuraré seguir siendo útil al señor marqués.

Dan unos golpes en la puerta.

—Adelante —dice Juan Carlos.

Y entra en la estancia el portero, en el que han hecho honda huella los años transcurridos; trae una bandeja, en la que lleva una tarjeta que entrega al marqués.

Este lee la tarjeta, que dice:

CORNELIO ROMERO

Detective privado

Juan Carlos interroga al portero:

—¿Conoce a este señor?

—Era un antiguo amigo del señor marqués, que en paz descanse.

—Me permite aconsejar al señor marqués que no le escuche—interviene Ludovico—. Se trata de un hombre medio loco.

—Basta que ostente el título de amigo de mi padre para que yo le reciba inmediatamente.

Y, dirigiéndose al notario, añade:

—Un momento; en seguida estoy con usted.

Sale Juan Carlos de la estancia. En el rostro de Ludovico se refleja un gesto de contrariedad.

En el vestíbulo del palacio, en aquel mismo vestíbulo en el que hace diecisiete años Rafael recibió el aviso telefónico que le indujo a salir de casa y que trajo como consecuencias su despido y su huida. Juan Carlos se encuentra a nuestro antiguo amigo Cornelio Romero, el detective que intervino al principio de estos episodios.

Cornelio acusa en su rostro las huellas que el tiempo transcurrido ha dejado en su persona. Su cabeza se halla casi totalmente encanecida, pero su espíritu sigue siendo lo mismo de joven y aun conserva aquella ingenua bondad de hace años.

Apoyado en una columna, con su característica postura y murmurando en alta voz las palabras que lee

en un libro de leyes, el detective ve a Juan Carlos y avanza hacia él.

—Buenos días. Permitame que me presente: yo soy Cornelio Romero, célebre detective privado.

—Tanto gusto—responde Juan Carlos—. Me presentaré yo a mi vez.

—Oh, no hace falta. Usted es el administrador del señor marqués.

—Exacto—exclama Juan Carlos—. Yo soy el marqués de la Peña.

—Lo que yo decía... Usted es el marqués de la Peña... Pero ¿a que tiene usted un administrador?

—Sí, claro; tengo un administrador.

—Por eso digo, ¡Lo que se le escape a un detective!...

—Espero que seamos buenos amigos—exclama Juan Carlos—. Usted podrá darme detalles de la vida de mi padre y del proceso que siguió a su muerte.

—Ya lo creo. Llevo diecisiete años dedicado a este asunto, porque en América, donde he estado todo este tiempo, no he dejado de pensar en él ni un solo momento.

—¿Diecisiete años?

—Sí; mi especialidad ha sido siempre la rapidez. Y basta de charla. ¿Quiere usted hacer el favor de preguntar al señor marqués si quiere recibirme?

—¡Pero si el marqués soy yo!
—añade Juan Carlos sonriendo.

—¡No importa!... ¡Haga usted el favor de avisarle!... —concluye Cornelio, en el colmo de sus distracciones.

Juan Carlos se echó a reír.
—Era muy pintoresco aquel hombre!



Frente a la fachada de la casa de Gregorio un lujoso coche se halla detenido.

Juan Carlos toca varias veces la bocina.

María del Carmen aparece en la puerta de la casa y va ligera hacia donde Juan Carlos se encuentra.

—Hoy no tendrás queja. He bajado con toda puntualidad.

—Mi carroza te espera, divina Cleopatra—dice el marqués a su novia.

Y abre la portezuela, invitando a María del Carmen para que suba.

—¡Qué fresquísimo eres! Cierra la puerta, que si el dueño del coche está por ahí veo al César con las narices a la romana.

Y ríe con aquella risa cristalina que tiene el encanto de un gorjeo de ruiseñores.

—Sube, que el emperador lo or-

dena—dice Juan Carlos en el mismo tono de broma.

—¿Serás capaz de conducirlo tú mismo?

—Sube y verás.

—No me atrevo.

—A mi lado estás siempre segura.

María del Carmen acepta y sube al coche.

—Bien, bien; a decidida no me ganas. Ya veremos adónde termina la broma, si en la cárcel o en la casa de Socorro.

—Vamos camino de la gloria—dice él.

El coche avanza rápido. Juan Carlos trató de darle un beso que ella esquivó.

El coche da un viraje brusco.

—¡Loco! ¡No seas imprudente! Bueno, ¿quieres decirme qué significa esto?

—Significa que este coche es mío?

—¿Tuyo?

—Me he equivocado.

—Ya decía yo...

—Este coche no es mío, María del Carmen; este coche es de los dos, de este abogadillo que te adora y que ayer ha cumplido sus veintitrés años.

—¿Qué estás diciendo?

—Lo que nunca te dije: que yo no soy el estudiante humilde que tú

creías; soy el marqués de la Peña.

María del Carmen abre desmesuradamente aquellos ojos hermosísimos que tienen claridades de cielo.

—¿Por qué me lo ocultaste?

—No lo hice con mal fin... te lo aseguro.

—¡Para... para el coche!—grita María del Carmen—. Quiero volver a mi casa.

—Escúchame, María del Carmen.

—¡Para, te digo, o me lanzo en marcha!

—¡Escúchame, chiquilla, escúchame!

—¡Déjame!

—¡Ven aquí! ¡Mirame a los ojos! ¡Así! ¿Me crees capaz de engañarte?

—Me has engañado ya.

—Revelarte antes quién soy hubiera sido un grave obstáculo para nuestra felicidad.

—Me engañas ahora; me has engañado antes—dice María del Carmen.

—No llores, María del Carmen. En mi acción no hay nada que pueda avergonzar. Estoy dispuesto a renunciar a todo con tal de que tú seas feliz.

Y tomó entre sus manos aquellas manos de ella de blancura de lino y se las llevó a los labios.



En el saloncito de música de casa de Gregoria están Carolina y María del Carmen.

Carolina, acariciando a su hija, le dice:

—¿Quieres mucho a este muchacho?

—Muchísimo. Siento un ansia infinita de elevarme hasta él y un miedo muy grande a perderlo.

—¿De perderlo, por qué?

—¡Soy tan poco para él! ¿Qué le puedo yo ofrecer? Ni he conocido a mis padres, ni siquiera tengo un nombre.

Una angustia infinita aprisionó el corazón doliente de la pobre Carolina, quien, reponiéndose de la emoción que la embargaba, exclamó:

—Tienes lo que más vale en el mundo: tu bondad.

—Es un sueño imposible—exclama María del Carmen, a punto de romper a llorar—. Juan Carlos no es de mi clase; acabo de enterarme por el mismo, Juan Carlos posee un título de marqués y es rico.

—¿Un título de marqués?

—Sí; su padre era el marqués de la Peña.

Carolina trata de disimular la profunda emoción que le producen aquellas palabras.

¡Qué piruetas tan grotescas tiene la vida!

Procura calmar la inquietud que atormenta a su hija.

Instantes después, desde la cabina de un teléfono público Carolina habla:

—Sí, señor... Es imprescindible que me reciba cuanto antes.

Y desde el teléfono de su despacho Juan Carlos responde:

—¿Y dice usted que se trata de mi novia?

—Sí, de María del Carmen; y no quisiera que su administrador me viese. Es preciso que lo aleje usted de su casa con cualquier pretexto. Ya le contaré.

Frente a frente, en el despacho del marqués de la Peña, se encuentran Carolina y Juan Carlos. La madre de María del Carmen ha rasgado ante Juan Carlos todas las sombras del pasado.

—La creo, ¡Cálmese, Carolina!

Y, tras una breve pausa, añade:

—¿Desde que se marchó su esposo no ha vuelto a saber nada de él?

—Durante algún tiempo envió varias cartas. Se interesaba por mi suerte y por la de nuestra hija. Yo le oculté que estaba en la cárcel. No quería aumentar sus sufrimientos.

Después, nada. No volví a tener noticias suyas.

—Hay que obrar con cautela —dijo Juan Carlos—. Todos deben ignorar que usted y yo nos conocemos. Tenga confianza en mí. Quiero a María del Carmen más que a nadie en el mundo. Para ella la alegría más grande será la de abrazar a su madre, y para mí también, señora.

La emoción ahogaba las palabras en la garganta de Carolina.

Y su respuesta fueron unas lágrimas que como estrellitas del cielo apuntaron en el cielo azul de sus ojos.

—¡Yo creo en la sinceridad y en la inocencia de usted!

—¡Oh, gracias, gracias, hijo mío! ¡Dios te bendiga!

En la habitación de Ludovico, completamente revuelta, se encuentran Juan Carlos y Cornelio efectuando un registro.

—Dudo que en esta habitación hallemos pruebas del delito—dice el detective—. ¡Han pasado tantos años!

—¿Cree usted?

—Naturalmente; además, que mi opinión es que el administrador

es un caballero. Yo no me he equivocado en mi vida.

Cornelio saca de unos cajones de la mesa varios objetos.

—Vea usted; aquí sólo hay libros de contabilidad... correspondencia oficial... libros de gastos, un diario, unos lentes, una horquilla y un encendedor que no tiene gasolina.

Cornelio va dejándolo todo encima de la mesa. Juan Carlos lo va examinándolo todo y, de pronto, se queda mirando aquel libro diario, mientras Cornelio, que lucha por encender el encendedor, opta por guardárselo en el bolsillo.

—¡Esta es letra de mi padre! —exclama Juan Carlos.

—Efectivamente, la reconozco —dice Cornelio poniéndose unos lentes.

—Lo guardaremos.

—¡Eh!... Recortes de periódicos relacionados con el crimen—dice el detective, examinando unos trozos de periódicos.

Juan Carlos, que tiene en sus manos el libro diario, exclama:

—¡Una carta dirigida a mi padre!

Y en voz baja va leyéndola.

Después, en alta voz, dice:

—«Usted es el único culpable de la muerte de mi hijo. Le odio, señor marqués, y algún día sabrá usted quién soy yo.»

—Muy interesante — exclama Cornelio—. ¿Y quién firma esta carta?

—Es un anónimo.

—¿Pero cómo se llama?

Juan Carlos, guardándose la carta en el bolsillo, responde:

—Eso es lo que hay que averiguar. De todos modos, es un indicio formidable.

Y queda unos instantes pensativo, añadiendo después:

—Lo extraño es que todo esto se encuentre en esta habitación.

—Naturalmente. Como que el asesino es el administrador, que es lo que vengo diciendo desde el principio, pero como usted está empeñado en que el administrador es un caballero.

Juan Carlos, sin hacer caso de lo que dice el detective, sigue con ansiedad buscando algo que lo ayude en sus pesquisas. De un libro cae al suelo un retrato.

Cornelio, que está a su lado, lo contempla y exclama:

—¡Una mujer joven y hermosa! ¿No dice quién es? ¡Otro anónimo!

En aquel momento se abre la puerta de la estancia y aparece Ludovico, que contempla con asombro la escena. Juan Carlos guarda rápidamente el retrato que acaba de encontrar.

—¿Qué significa esto, señor marqués?

—Nada; no se alarme usted—replica Juan Carlos—. El señor Romero, detective famoso, que estaba aburrido y como no sabía en qué emplear su tiempo, me invitó a efectuar aquí un registro.

Ludovico, tratando de ocultar su turbación, exclama:

—Pero esto necesita una explicación. ¿Es que ocurre algo que yo no sepa?

—Es un asunto viejo—responde el detective—. Se trata del crimen de que fué víctima el señor marqués.

Ludovico está inquieto. Pero se reprime y, sin dejar traslucir su alteración, replica:

—La justicia dijo ya su última palabra, señor.

Pero Juan Carlos prosigue implacable:

—Hay quien no cree lo mismo. Por ejemplo, don Cornelio.

—Yo... no creo lo mismo—agrega Cornelio, dándose importancia.

Juan Carlos saca del bolsillo el retrato que ha guardado un momento antes: es un retrato de Carolina.

—Dígame, Ludovico: ¿conoce usted a esta mujer?

Y le muestra la fotografía.

—Sí; es Carolina Ibarra, aquella mujer de quien le hablé.

—La madre de mi novia.

Ludovico, sin perder su serenidad, responde:

—Creo que ahora el señor marqués romperá sus relaciones para siempre.

Juan Carlos, mirándole con fijidad, responde:

—Ese es asunto que yo debo resolverlo.

—Era muy hermosa esta mujer, ¿verdad?—interrumpe Cornelio—. Y las mujeres hermosas son un peligro para los hombres y para los administradores.

—No entiendo lo que quiere decir.

—Entonces, ¿por qué conserva usted este retrato?—interroga Juan Carlos.

—Por simple curiosidad, señor. Supongo que no verá usted nada de particular en ello—responde Ludovico bajando la mirada ante los ojos acusadores de Juan Carlos.

El marqués de la Peña se reprime. Efectivamente, indicios, sospechas; pero la prueba evidente, confirmatoria no está en sus manos. Es preciso disimular y esperar el momento oportuno para desenmascarar a aquel canalla. Por ello dice friamente:

—No; no veo nada de particular.

—Pero seguiremos mirando... ¡y con prismáticos!—añade Cornelio.

Y el detective, para dar mayor fuerza a sus palabras, se cala sus lentes y queda mirando fijamente al administrador.

Y es que el alma bondadosa de Cornelio ha creído siempre en la inocencia de Carolina. Su inteligencia no es lo suficiente clara para desentrañar crímenes, pero su corazón sabe comprender y descubrir la bondad de las personas.



En una calle solitario y tortuosa del puerto está la taberna del Patrón que ya conocemos.

Es de noche. La luz mortecina de un farol ilumina la fachada de la taberna.

Un coche se detiene frente a la fachada y de él desciende Ludovico, vestido de etiqueta porque se dirige después a la Ópera. Después de mirar con recelo a todas partes, entra en la taberna.

Se oye la música monótona de un acordeón.

Frente a la fachada de la taberna acaba de detenerse un taxi; en su interior se encuentran Juan Carlos y Cornelio, que cambian un gesto de inteligencia al ver descender a Ludovico de su coche e introducirse con cautela y rapidez en el establecimiento.

Junto a la ventanilla del taxi se encuentra un vigilante, el encargado de aquella demarcación, al que Juan Carlos ha entregado un billete de cinco duros.

Y como el dinero tiene el poder mágico de allanar todo, el vigilante responde muy cortés a las preguntas que el marqués le dirige.

—No me hable. Le vergo sufriendo hace más de quince años. Le llamamos el Patrón y es un hombre muy poco recomendable—contesta el vigilante.

—¡Hay que detenerlo ahora mismo!—dice el detective.

—Sí, sí; detenerlo. Cuando yo lo conocí, bueno; pero desde que compró la taberna no hay quien le eche un galgo—. Ahora presume de honrado y hay que llamarle de usted.

—Bien; nada más; muchas gracias—exclama Juan Carlos, que ya sabía lo que deseaba saber.

—Estoy siempre a su disposición—indica el vigilante.

—¿Usted fuma, vigilante?—pregunta Cornelio.

—Sí, señor.

—Pues hace usted mal, porque el tabaco perjudica al pecho.

El vigilante se queda asombrado. Juan Carlos ríe de la ocurrencia de su amigo y el coche parte con una velocidad vertiginosa.

Mientras, en el interior de la taberna, Ludovico habla cautelosamente con el Patrón en uno de los rincones del establecimiento, en el cual una cupletista canta una canción.

CELOS

*Ya la noche llegó
y el cielo cubrió
con negros crespones.
Yo no puedo evitar
que esta obscuridad
me hable de traiciones.*

*Sé que es mío su querer,
y que a mí padecer
le falla la razón.
Que no me olvidará,
feliz él me hará,
mas temo perderle.*

*¿Por qué mis celos no podré
[arrancar?
¿Por qué así siempre me he de
[atormentar?
¡Sólo consigo yo hacerte sufrir!...
Y aunque me dice que yo soy su
toda su ilusión, [vida,
su único amor.
Dudo y le quiero
y de pena muero,
pues celosa soy.*

Rafael va a bajar la escalera de la taberna y queda sorprendido al ver allí a Ludovico, a quien recono-

ce, hablando en cuchicheo con el Patrón.

—Tienes que facilitarme la huida al extranjero, Patrón—dice el administrador.

—Eso está muy difícil.

—Me ayudarás y me obedecerás, quieras o no—dice Ludovico a su antiguo cómplice.

Y añade después:

—Te daré lo que quieras; cuando termine la ópera esta noche vendré aquí.

—No estarás tan apurado cuando todavía te quedan ganas de presumir—comenta burlón el Patrón.

—Hay que disimular hasta el último momento... Estoy descubierto.

—Está bien. A las tres sale un petrolero—responde el Patrón—. Pero no olvides que yo no sé nada.

Rafael, al ver marchar a Ludovico, aprieta los puños con rabia; baja la escalera y va hacia él.

Ludovico ha llegado hasta su coche, parado frente a la puerta de la taberna, y sube. Cuando Rafael llega corriendo hasta la puerta y va a abalanzarse sobre el hombre causante de todos sus infortunios, el coche arranca velozmente.

Rafael ha conseguido subir en la rueda de recambio trasera del coche.

U N gran letrado luminoso en la fachada del teatro de la Ópera anuncia aquella noche el debut de María del Carmen. Hay gran expectación por oír cantar a la nueva artista, de la que se han hecho grandes elogios. La gente va entrando ya en el local.

Los dos viejecitos, Gregoria y Atila, no caben en sí de gozo... La ilusión de su vida, el afán que nació en sus alma el mismo día que Juana, el ama de llaves, amigo de Carolina, llevó a su casa aquella niña que lloraba desconsoladamente, como si comprendiese la angustia en que allá, en la cárcel, quedaba sumida su madre, está ya al alcance de la mano...

Tras el premio logrado en el Conservatorio y usando de las añejas amistades, han logrado la presentación de María del Carmen, la niña querida, ante un público distinguido y entendido.

¿Triunfará?... Ellos no pueden dudarlo... La vieja profesora, cuya aparente brusquedad encubre un corazón bondadoso y tierno, sabe calibrar el valor de aquella voz de oro que dentro de unos instantes conmoverá al público con las inmortales páginas musicales de «Lucía de Lamermoor», ópera que María del Carmen ha elegido para su pre-

sentación. No; Gregoria no duda del arte de María del Carmen... Si acaso, teme a la emoción, al nerviosismo que ella pueda tener en una noche tan decisiva para su vida como es ésta.

Como si leyese lo que pasa en el alma de la vieja profesora de canto, María del Carmen la abraza cariñosamente.

Gregoria responde a su abrazo, y en la mirada que cruzan lee la maestría la serenidad y la firme confianza que en sí misma tiene la discípula.

¡Fuera toda duda!, se dice la profesora. El triunfo será definitivo.

¿Y Carolina?... La madre infeliz no sabría explicar bien la emoción que la embarga. Su hija... su cariño... admirada y elogiada por todo el mundo... El nombre de María del Carmen en todos los labios... Y ella, la futura diva, sonriente, feliz, allí mismo, a dos pasos de Carolina... su madre...

Todo canta alegre en el corazón de la madre...

Juan Carlos acaba de decirle hace unos instantes que pronto podrá proclamar a gritos su inocencia, añadiendo que está sobre una pista segura que le llevará a desenmascarar a los asesinos de su padre, entre los cuales cree que está el Patrón.

Carolina se siente dichosa y sólo

turba su felicidad el recuerdo de Rafael, el esposo amado, ausente, ¡quizá muerto!, que no puede asistir a este día venturoso, inigualado en que la hija de ambos va a lograr un éxito clamoroso.

Ante la puerta del teatro se detiene el coche que conduce a Ludovico. Rafael viene en la rueda de recambio y en la parte de atrás del coche, tal como salió de la taberna. Un guardia que ve a Rafael avanza amenazador hacia él y Rafael, dándose cuenta del movimiento del guardia, escapa, escondiéndose entre la multitud. Ludovico, completamente ajeno a cuanto ocurre, baja del coche y entra en el coliseo.

Dos guardias de asalto, al ver huir a Rafael, lo persiguen y éste consigue huir alejándose arrimado a la pared. Tratando de esquivar la persecución se apoya contra una puerta pequeña que cede y Rafael entra: es la puerta de entrada al escenario. No le ha visto el portero.

Entre bastidores están Carolina, Gregoria, Atila, y muchos admiradores de la artista. Rafael lo contempla todo desde un rincón del escenario. Ha visto a Carolina, pero no la ha reconocido.

Carolina, que no puede contener su emoción, se acerca el pañuelo a los ojos y se enjuga unas lágrimas.

Ha terminado el aria final de la

ópera y la ovación que el público tributa a María del Carmen es imponente.

Gregoria y Atila, los dos viejecillos, se miran complacidos y emocionados ante el éxito rotundo de la artista maravillosa.

En el escenario, María del Carmen con los demás intérpretes, recoge el homenaje caluroso de aquel público inteligente que no se cansa de aplaudir.

Entre bastidores, todos los que allí se encuentran aplauden también. Rafael entra en el camerino que se halla vacío y cierra la puerta cuidadosamente.

Por el pasillo de camerinos y hacia su puerta principal, avanza María del Carmen, acompañada de Carolina, de los dos viejos y de un grupo de admiradores. Trae un hermoso ramo de flores en la mano.

Rafael, que oye que se acercan, descubre una puerta —la del ropero— y corre a ella, la abre y se oculta.

Ya dentro del camerino, donde todos rodean a la artista triunfadora, Atila dice:

—Sí, sí... En mis tiempos a eso se llamaba «mieditis», pero ahora ya ha pasado.

—No era miedo—dice María del Carmen—. Mi emoción era gratitud, cariño. Todo lo que pueda llegar a

ser os lo deberé solamente a vosotros.

—Calla, zalamora, calla — dice Gregoria que está profundamente conmovida.

María del Carmen se dirige a Carolina que en un rincón del camerino acaricia a María del Carmen con sus ojos.

—Y usted, Carolina, ¿no me dice nada?

—¡Estoy tan emocionada!

—Emocionadas lo estamos todas — replica Atila.

—Pero ¿qué disparates dices?

—Es que me hago un lío, mujer. Porque aquí soy el marido, pero como luego en casa tengo que zurcir los calcetines...

—Voy a cambiarme de ropa y soy en seguida con ustedes.

María del Carmen se dirige a la puerta del cuarto ropero. Rafael intenta huir por la puerta de escape del cuarto contiguo y se esconde tras una cortina.

María del Carmen entra en el cuarto ropero, se acerca a la cortina y la descorre, quedando Rafael descubierta.

María del Carmen ahoga un grito.

—¡Ay!...

—¡Señorita, por favor, cálese; se lo ruego!

—¿Quién es usted? ¡Pronto!

—No soy ningún ladrón. Se lo aseguro.

—Ya se lo contará usted a la policía.

Carmen hace ademán de salir, pero Rafael con un gesto suplicante la detiene y le dice:

—¡No me descubra usted, señorita, por lo que usted más quiera! ¡Por su madre!...

En este momento se abre la puerta y aparece en ella Carolina.

—Este hombre — dice María del Carmen, dirigiéndose a Carolina — no sé quién es; lo encontré aquí escondido. Me da lástima. Coja de mi bolso un billete y dáselo, Carolina, y que se vaya.

Se quedan frente a frente los dos.

Carolina da un grito al reconocerlo:

—¡Rafael!

—¡Carolina!

Es algo inaudito... Ninguno de los dos acierta a comprender qué es lo que hace allí el otro. Todo podrían esperarlo menos este encuentro providencial en el que parece adivinarse la mano prevlsora de alguien que está por encima del hombre y de sus pasiones... Porque cierto es que el Destino atenazó cruelmente a estas dos almas que ahora se confunden en un abrazo y les privó de la dicha a que lógicamente podían tener derecho. Pero ¿de no

ocurrir todo lo que les separó, llegaría su hija acaso a la situación en que ahora se encontraba?... Célebre, enamorada y correspondida en su tierno afecto, y, finalmente, prometida a un hombre, quien, de no suceder las cosas como sucedieron, sería tal vez su señor en lugar de su futuro esposo.

Y si bien ellos, Carolina y Rafael, perdieron su felicidad, el perderla facilitó la dicha de su hija. Y ¿hay mayor ventura para unos padres que contemplar la felicidad de sus hijos?

Nada sabemos nosotros, míseros e insignificantes átomos en la eternidad de Dios, de los designios inscrutables de su voluntad... Nunca podemos discernir claramente si los sucesos que nos rodean y envuelven son para nuestra desgracia o para nuestro bien... Sólo nos toca dejar hacer a quien vela por nosotros y cumplir siempre nuestro deber.

Estas reflexiones, más que penas, das sentidas en sus corazones, acudían a la mente de los esposos, en el minuto, breve y eterno a la par, que duró el abrazo amoroso en que se unieron a la salida de María del Carmen de la estancia en que se hallaban otra vez juntos, tras la separación llena de dolor y sacrificio a que se vieron obligados durante cerca de veinte años.

Y en la habitación contigua, en

el camerino, María del Carmen entrelaza sus manos con las de Juan Carlos.

—Chiquilla, has estado sublime.

—Pensaba en ti cuando cantaba.

—¿Eres feliz, María del Carmen?

—Sí; sólo una cosa falta a mi felicidad. Si mis padres vivieran y estuviesen esta noche conmigo...

Carolina y Rafael, en la habitación contigua, al escuchar estas palabras de su hija reprimen con dificultad su emoción.

—¿No sabe que eres su madre?

—No; pero muy pronto se lo diremos... Juan Carlos, el hijo del marqués de la Peña, ¿Te acuerdas?

—Sí.

—Es el novio de nuestra hija, ¿nuestra?—exclama con orgullo Carolina.—Esto es como un milagro, Rafael.

Y añade:

—Juan Carlos hace gestiones para encontrar al asesino de su padre.

—¿Todavía?...—exclama Rafael con desaliento.

—Sospecha que el autor del crimen es un hombre que tiene una taberna en el puerto. Se llama...

—¡El Patrón!—dice Rafael.

—Sí. ¿Lo conoces?

—¡Ellos son los asesinos!... ¡Ha llegado el momento que yo tanto esperaba!

Rafael intenta salir al camerino,

pero Carolina se lo impide llevándolo hacia otra puerta y diciéndole:

—No; por aquí.

Carolina saca una llave y abre una puerta.

—¿Rafael, prudencia!

—No temas, Carolina; no temas.

Sale al pasillo; va como un loco; tropieza con Cornelio y casi lo derriba. En este momento aparece Carolina, pero Rafael ya ha desaparecido.

—¡Por poco me mata ese bárbaro!—grita el detective—. Tiene toda la facha de un criminal: es el prototipo del vulgar delincuente.

—Pues asómbrase usted; ¡es mi marido!

—¿Caramba, Carolina! Pero ¿se ha casado usted?

—Es mi marido Rafael, que ha vuelto. Se va como un loco a la taberna del puerto a buscar al Patrón. No podemos perder un momento.

Cornelio, apremiado por la insistencia angustiada de Carolina y hecho un verdadero lío ante la insospechada revelación, agrega:

—¡Sí, claro!... ¡Hay que defender al Patrón!

Carolina, sin escuchar sus palabras, lo mete dentro del ropero.

Aprovechando un momento oportuno, y en un aparte con Juan Carlos, pone a éste en conocimiento de lo que ocurre.

Carolina, aquella desdichada mujer, teme por su marido.

Cuando todo parecía sonreírle: el triunfo de la hija, el regreso del marido, la decisión de Rafael puede hacer peligrar su vida... Rafael luchará con nobleza contra el Patrón y éste puede hacerle víctima de alguna añazaga. Además, Rafael no posee armas y es de suponer que el Patrón no se halla indefenso.

Juan Carlos la tranquiliza, pero él mismo comprende bien el peligro que existe.

Rápidamente, febrilmente, Juan Carlos busca el auxilio de la policía, y en un coche, acompañado de agentes y guardias, corre veloz hacia la taberna con el ánimo angustiado.



En la puerta de la taberna acaba de aparecer Rafael. Con sus ojos, que despiden un fulgor extraño, busca al Patrón y al descubrirlo sonríe.

El Patrón está de espaldas cogiendo unas botellas de la estantería.

—¡Eh, Patrón!—grita Rafael.

—¡Ah, eres tú! ¿Qué quieres?

Rafael avanza, coge al Patrón por las solapas y lo saca del mostrador.

—¡Ahora lo sabrás!

Rafael da un golpe en la cara del Patrón, que retrocede hasta la puer-

tecita de un despacho; la puerta cede y el Patrón cae dentro.

—¡Toma!...

Rafael entra en el despacho, cierra la puerta con llave y se la guarda en el bolsillo del pantalón.

—¡Estás loco! ¿Qué te he hecho yo?—grita atemorizado el Patrón.

—¡Tú eres el asesino del marqués de la Peña!...

—¡No; mientes!—grita el Patrón, aterrado.

—¡Tú y Ludovico! Y ahora, de hombre a hombre, vas a darme la verdad.

—Yo no sé nada... No sé de lo que me hablas... No conozco a ese Ludovico.

Rafael dirige al Patrón un fuerte golpe con una mano, mientras con la otra ayuda a la acción de levantarlo y alzarle por encima de la mesa escritorio. Luchan a muerte los dos hombres.

El Patrón coge un objeto y avanza hacia Rafael, dándole un golpe brutal en la cabeza que hace a Rafael caer al suelo, tras de tambalearse unos pasos.

Rafael contrae las piernas y recibe el cuerpo del Patrón; luego lo rechaza violentamente. El Patrón cae sobre una silla, que se rompe al peso de su cuerpo.

La lucha de los dos hombres es horrible; es un duelo a muerte.

Rafael acaba de dar un golpe a la lámpara y la estancia queda sumida en la obscuridad.

Los clientes de la taberna, que están agrupados junto a la puerta del despacho, ven abrirse violentamente la puerta de la taberna y entran Juan Carlos, Cornelio, varios agentes y guardias.

Juan Carlos, con una pistola en la mano, escucha un instante pegando el oído a la puerta para cerciorarse dónde están situados los luchadores. Después dispara sobre la cerradura: ésta salta hecha pedruzcos.

En el interior del despacho la mano del Patrón saca una pistola del cajón de la mesa, hasta al que ha conseguido llegar arrastrándose.

En este momento se abre la puerta y aparece Juan Carlos, Cornelio y los policías.

—¡Quietos!—grita el marqués.

—¡Al Patrón no le cogeréis vivo!—grita éste.

Y dispara su pistola sobre los que acaban de llegar.

Los policías se esconden y disparan a su vez sobre el Patrón.

El Patrón, que sigue disparando, acaba de caer herido.

Rafael abre una ventana del despacho, salta por ella y se escapa.

Un agente dispara sobre Rafael, pero Juan Carlos llega a tiempo de

desviar la puntería dándole un golpe en el brazo.

—¡No!... Yo sé dónde encontrarle. Seguidme.

Cornelio se va asomando despacio tras el mostrador, donde se había escondido; una botella que se quedó tumbada resbala y cae sobre su cabeza.

Cornelio, que no es precisamente un valiente, se queda aterrado.

Juan Carlos y los agentes han salido de la taberna.

El Patrón ha quedado en el suelo, mortalmente herido.

* * *

En su habitación, Ludovico cambia el traje de etiqueta por uno de viaje; después, hace precipitadamente una maleta. Sale de la estancia, cruza el vestíbulo y se dirige hacia la puerta de salida. Todo está a oscuras. Llega hasta la puerta y enciende la luz. Su figura se ilumina y un gesto de terror se dibuja en su rostro.

En el dintel de la puerta se encuentra con Rafael.

El administrador se queda livido.

—Rafael!—dice con voz opaca, en la que se trasluce el terror.

Y es que la conciencia ha grabado en el cerebro de Ludovico con firmeza indestructible los rasgos fi-

sonómicos de aquel hombre a quien su malvada maquinación destruyó la vida.

Ni los años ni los sufrimientos habían cambiado tanto a Rafael como para que Ludovico no le reconociese.

—¡Veo que te acuerdas de mí! ¡Canalla!...

Se lanza sobre Ludovico y le derriba de un fuerte golpe en la mandíbula.

En aquel momento llega Juan Carlos con los agentes y los guardias.

Rápidamente, Juan Carlos domina la situación.

—¡Quietos!—exclama con fuerte voz.

Y una inmensa sensación de alivio se refleja en su semblante.

Juan Carlos temía por la vida de Rafael... Ahora ya estaba a salvo definitivamente...

Afortunadamente, Rafael ya no era aquel hombre «blando como un bizcocho», según frase de Juana, castigado por la vida, luchando con dureza por la existencia en su exilio en el extranjero; ahora sabía «enseñar los dientes».

Rápidamente, Juan Carlos avanza hacia los dos hombres, que, sorprendidos, habían cesado en su lucha. Al lado de Ludovico, la maleta, abierta al caerse, había dejado escapar par-

te de su contenido y en el suelo se veían joyas y valores que el administrador pretendía llevarse en su frustrada huida.

Juan Carlos, recogiendo las joyas y acercándose a Ludovico, al tiempo que se las mostraba, dice con sarcástica ironía:

—Ya veo que se iba usted de viaje y que se llevaba un recuerdo de mi familia, señor administrador.

Y, cogiéndose por las solapas, lo echa contra los agentes, añadiendo:

—Nosotros ya ajustaremos cuentas.

Los agentes, inmediatamente, esposan a Ludovico.

Juan Carlos, poniendo cariñosamente su mano sobre el hombro de Rafael y con voz a la que la ternura ponía dulces inflexiones, le dice:

—Y usted, Rafael, no se preocupe. Ya está todo aclarado.

•••

En el despacho del marqués, Cornelio está tratando de demostrar cómo se cometió el crimen. Escuchándole se hallan Juan Carlos, Ludovico, el inspector, los agentes y varios criados del marqués, entre ellos el portero.

—Nos hallamos en la misma estancia donde fué cometido el cri-

men—dice Cornelio—. ¿Quién fué el asesino?

La caja de caudales está abierta y cerca de ella, en el suelo, se encuentra un revólver.

Cornelio se dirige al portero.

—Seguramente usted...

—¡Cómo! —exclama el portero.

—Seguramente usted... no lo sabe—continúa el detective—, ni usted tampoco, señor inspector, ni yo...

Hizo una pausa y continuó:

—Los ladrones entraron por el balcón. Dice Rafael que luchó con ellos; no sé. Dijo el Patrón antes de morir que él no había disparado; no sé. Dice Ludovico que él no vió nada; tampoco lo sé. Lo que sí sé, aunque lo sé y no lo sé, es que el señor marqués en el momento de encender la luz fué asesinado por la espalda con este revólver.

Y señala el revólver que está en el suelo.

Juan Carlos dice:

—Un momento, señor inspector: ¿cuántas cápsulas sin disparar se hallaron en ese revólver?

—Según figura en el sumario, dos—responde el inspector de Policía.

—Y usted, Ludovico, ¿cuántos disparos hizo sobre Rafael con ese arma?

—Tres.

—Muy bien. Cinco son las balas que carga exactamente ese revólver. Por lo tanto, el disparo que mató a mi padre no fué hecho con ese arma.

Todos escuchaban con profunda atención la palabra de Juan Carlos, que continuó diciendo:

—Lo lógico es suponer que el marqués, que era zurdo, al dar la voz de alto, sostuviese su pistola con la mano izquierda, mientras con la derecha accionaba el interruptor eléctrico. El disparo fué hecho desde otro sitio, tal vez desde el pasillo... ¿Quién hizo el disparo?... ¿Ludovico?... No; pero Ludovico es responsable del crimen al querer aprovechar de la codicia del Patrón, con quien planeó el robo que trajo como consecuencia la muerte de mi pobre padre, el marqués de la Peña.

Un silencio profundo reinaba en la estancia.

Todos estaban pendientes de las palabras de Juan Carlos.

En un rincón, perfectamente vigilado, Ludovico quería aparentar una indiferencia que estaba muy lejos de sentir.

Así, prosiguió Juan Carlos la reconstrucción de aquel crimen horrible cometido en la persona de su padre hacía ya varios años.

—Sobre ese hombre caerá todo el peso de la justicia—dijo encarando-

se con su administrador—; y sobre el asesino, a quien muy pronto vamos a desenmascarar también.

Todos aguardaban con ansiedad las palabras de Juan Carlos.

Este, señalando a un criado y después al portero, dijo:

—Veamos. Usted... acérquese un momento, o sino venga usted mismo, Juan.

El portero avanza hasta Juan Carlos y en su rostro acaba de dibujarse un inconfundible gesto de terror.

Juan Carlos coloca tras la puerta al portero y dice:

—Supongamos que usted estaba aquí escondido en el momento del crimen.

Ante un gesto de espanto del portero, dice Juan Carlos, prendiendo en su boca una sonrisa:

—No, no se asuste usted, que es tan sólo una suposición.

Juan Carlos se dirige al inspector, diciendo:

—¿Es usted tan amable que me presta su pistola, señor inspector?

—Sí; pero tenga cuidado que la llevo cargada.

—No importa.

Juan Carlos entrega la pistola al portero que la toma en sus manos muy nervioso.

—Rafael luchó con los malhechores y sufrió un golpe que le hizo

perder el conocimiento. A los pocos instantes, mi padre entró en este despacho, dió la luz y se encontró entre el Patrón y otro maleante que saqueaban la caja de caudales.

Y, encarándose con el portero, añade:

—En este momento, usted (sigo hablando en hipótesis) disparó traizoramente contra el marqués, causándole la herida que produjo su muerte. ¿Y vamos a saber por qué? Según se desprende del diario de mi padre, que encontré en la habitación de Ludovico, dos años antes del crimen, un criado fué despedido de la casa por ladrón. ¿Qué hizo entonces ese criado?... Amenazar de muerte al marqués, según demuestra esta carta, haciéndole responsable del fallecimiento de un hijo suyo que murió víctima de una incurable enfermedad.

Cornelio mira al inspector y asiente cómicamente a las palabras que pronuncia el marqués.

—El despido de este criado representa para el administrador Ludovico un gran contratiempo, porque era su cómplice. Durante varios años venían robando impunemente a mi padre y no era cosa de que el negocio se terminara.

La expresión del rostro del portero, mientras va hablando Juan Carlos, es cada vez más descompuesta.

—Por eso, Ludovico, desplegando toda la gama de su hipocresía, suplicó constantemente hasta conseguir que el marqués lo tomara nuevamente a su servicio, aunque en un cargo de menos confianza: el de portero. ¿Y cómo agradeció este malvado esta prueba de generosidad? Cometiendo su innoble venganza, aprovechando un momento de confusión producido por el delito de dos vulgares delincuentes al robar la caja fuerte del marqués. El asesino, dejándose arrastrar por su antiguo rencor, se ocultó premeditadamente en el pasillo y, amparado en las sombras de la noche, tuvo esperar el momento preciso para asesinar cobardemente al marqués de la Peña.

El portero dispara varios tiros sobre Juan Carlos que, sujetando fuertemente la muñeca del portero, exclama:

—Aquí tenemos al asesino de mi padre.

El portero mira la pistola que empuña y a Juan Carlos con una mirada de desprecio y odio, asombrado de que Juan Carlos, después de los disparos, hechos a quemarropa, continúe en pie.

Los agentes lo desarman y sujetan fuertemente.

El portero, con siniestra expresión, exclama:

—Sí; ¡le mataría mil veces! Por vuestra culpa murió mi hijo. ¡Soltadme! ¡Soltadme...! ¡Canallas!

Juan Carlos, dirigiéndose al inspector, dijo:

—Si no hubiéramos quitado los proyectiles me habría asesinado como asesinó a mi pobre padre.

El inspector estrechó fuertemente la mano del marqués.

—Le felicito, Juan Carlos.

Cornelia, con mucha énfasis y muy serio, interviene:

—Gracias, señor inspector: gracias por su felicitación. Yo, desde el primer momento sabía que el portero era el asesino. Creo que bien claro lo he dicho yo siempre.

Juan Carlos se ríe.

Rafael se acerca al marqués y tomándole una mano se la lleva conmovido a los labios.



Se abre la puerta del saloncito de música por la que entran Rafael con Juan Carlos y Cornelia. En la estancia se encuentran Carolina y María del Carmen, con Atila y mamá Gregoria.

María del Carmen se arroja en los brazos de Rafael.

—Todo arreglado — dice Cornelia —. Acabo de descubrir y meter

en la cárcel al auténtico asesino del marqués.

—¡Hija mía! — exclama Rafael con una emoción imposible de describir.

Y María del Carmen, acariciándole, exclama:

—¡Padre, padre mío! ¡Cuánto habrás sufrido!

Rafael, después de abrazar tiernamente a su esposa, se dirige a Juan Carlos y le dice:

—Gracias, Juan Carlos. A usted, sólo a usted le debemos la felicidad de todos.

Y Carolina, con una alegría radiante en su rostro, dice a Juan Carlos:

—¡Hijo mío!... ¿Me permites que te dé un beso?...

—Sí. No he conocido a mi madre y tú lo fuiste siempre para mí.

Carolina le da un beso en la frente.

Y Gregoria se enjuga una lágrima y haciendo esfuerzos para no romper a llorar, dice dirigiéndose a Atilano:

—Perdemos una hija, Atilano.

—Sí, Gregoria, sí; nos quedamos solos.

María del Carmen ha escuchado estas palabras, que oyó también Carolina.

—Solos, no.

—Ahora tendrán un hijo más

—dice Juan Carlos—, porque todos viviremos juntos en mi palacio.
¿Verdad, María del Carmen?

—Verdad, Juan Carlos.

—No creáis que vais a salir perjudicados — comenta Atila—, porque tú tendrás muchos criados y un cocinero que sepa hacerte comidas en inglés y en italiano. Pero ya verás las sopas de ajo que yo hago y lo bien que zurzo los calcetines... ¡son treinta años de práctica! Además, yo no salgo los domingos.

Todos ríen la ocurrencia del viejecillo que en aquellos momentos está radiante de felicidad. Es día de alegría para todos. Campanitas de gloria repiquetean.

Juan Carlos se dirige a Cornelio y le dice:

—Y usted, amigo Cornelio, espero que ya no me abandonará. La plaza de administrador ha quedado vacante. ¿Acepta?

—Acepto. Pero lo importante es que el honor de los Romero quede siempre en pie.

En este momento tropieza y cae aparatosamente al suelo. Todos ríen y acuden presurosos a levantarlo.

... ..

Por una carretera avanza velozmente un coche. Dentro, María del Carmen y Juan Carlos. Se han casado y emprenden el camino de su felicidad; un viaje de novios que no se acabará nunca, porque nunca se apagarán las lucécitas de sus sueños y de sus ilusiones.

FIN

EN UN PAIS LEJANO...

*En un país lejano
moraba un feroz dragón
que a una princesita
tenía encantada
con sueño hechizador.*

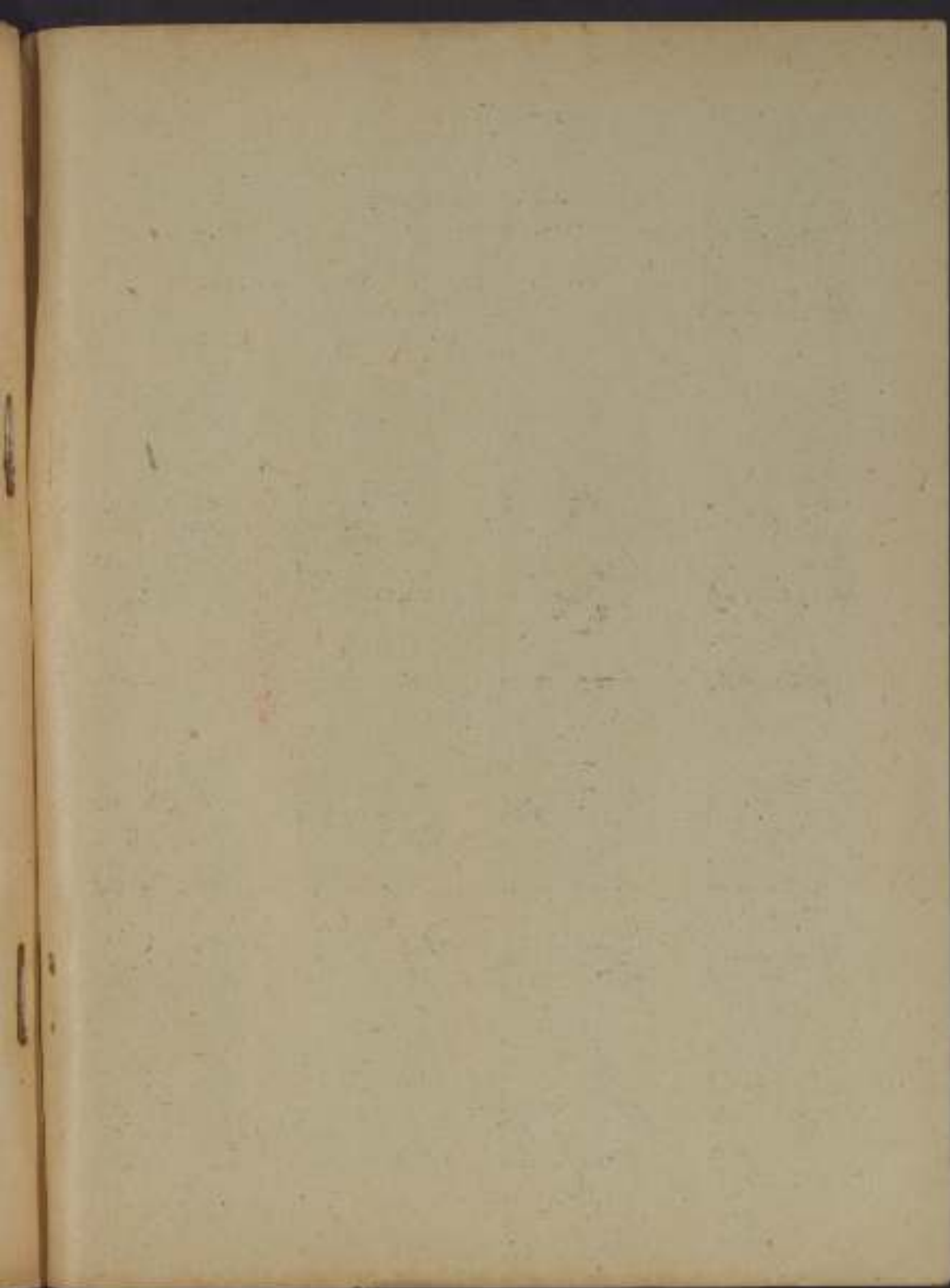
*Llegó allí un caballero,
apuesto, gentil, galán,
que a la princesita*

Canción de cuna que canta Carolina
en la escena revisada en la página 8

*que es rubia y bonita,
consigue liberarla.*

*Con el dragón luchando
aquel caballero milarlo logró.*

*Y fueron muy felices,
violendo su casto amor,
en bello palacio,
que en país lejano,
tuvieron los dos.*





CELEBRIDADES DEL CANCIONERO

La decana y clásica publicación en su género

CELEBRIDADES DE VARIETÉS

6 de mayo de 1924

RAMPER

CANCIONERO

20 octubre de 1931

GARDEL

Los más eminentes artistas

Los más célebres autores

Los más grandes éxitos



Precio: 2.50 pts.

Imp. Continental - Valencia, 224